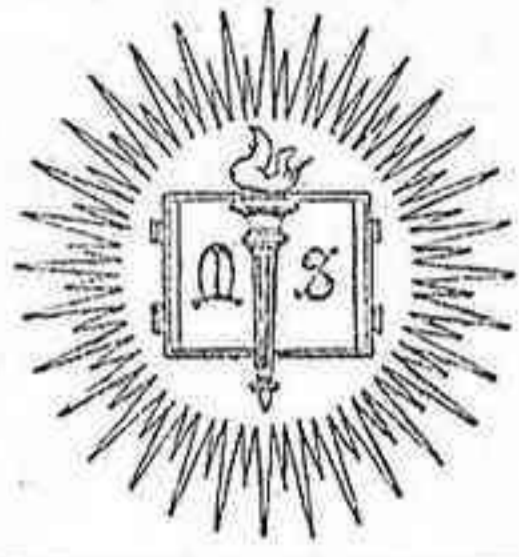


# Ilustracion Artística



# Artística

AÑO XXI

BARCELONA 17 DE MARZO DE 1902

Núm. 1.055



RETRATO DE D.ª MARÍA DE LAS MERCEDES FERNÁNDEZ, pintado por Goya

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea. Fiestas. De un monje de antaño*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *El correo de los Andes*. — *Historia que parece un cuento*, por Marcos Zapata. — *Prisionero*, por G. Briones. — *Un drama, cuadro de C. Froeschl*. — *Antonio Vico*, por S. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El pasado de una madre*, novela ilustrada (continuación). — *El fotorama. Proyecciones panorámicas de A. y L. Lumiere*, por G. Mareschal. — *Un animal calendario*, por Enrique Coupin. — Libros enviados a esta Redacción.

**Grabados.**—*Retrato de D.<sup>a</sup> María de las Mercedes Fernández*, pintado por Goya. — *Vista de las montañas de los Andes*. — *Un condor, un gigantesco condor*. — *En la cocina*, cuadro de Guillermo Leibl. — *Un drama*, cuadro de C. Froeschl. — *Antonio Vico*. — *Enseñanza mutua*, cuadro de Mlle. Jenika Cabarrús. — *Cabeza de estudio*, dibujo de Jacinto Espinal. — *Brasalete regalado por el emperador de Alemania a Miss Alicia Roosevelt, hija del presidente de la República de los Estados Unidos*. — *Miss Stone, misionera norteamericana*. — Figs. 1 a 4. El fotorama. Proyecciones panorámicas de A. y L. Lumiere. — *Frisos del restaurant del Príncipe y del hotel Majestic de Londres*, pintados por H. C. Brewer.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## FIESTAS. — DE UN MONJE DE ANTAÑO

Aún faltan dos meses para las fiestas de la coronación, y ya se las siente hormiguar — por decirlo así — en el bullanguero espíritu de nuestro pueblo, el más animado a divertirse de toda Europa. Se sabe de cierto que se están preparando a venir a Madrid infinidad de familias provincianas, que arrostran los peligros y molestias del viaje y estancia en una población tan escasa de buenos alojamientos como es nuestra corte; y el *isidrisimo* natural, espontáneo, hace ya latir el corazón de las beldades de pueblo, que sueñan conquistas y triunfos en más amplio escenario...

\*\*

No les arriando la ganancia a esos forasteros, que abandonan la paz y las comodidades de su casa para venirse aquí, a pasarlo rematadamente mal. Los festejos públicos suelen ser muy incómodos y molestos para todo el mundo, excepto para la gente del pueblo, que no repara en empujón más ó codazo menos y a quien sobra paciencia para aguantarse de pie horas y horas, esperando a que estalle un cohete ó desfile un regimiento. Y todavía esta gente del pueblo a que aludo debe ser del pueblo de Madrid, porque la que venga de Navalagamella ó Vitigudino no ha de tener expedición ni conocimiento del terreno suficientes para triunfar en la batalla de puños y codos.

Suelen ser los días de fiestas los más aburridos y contrariantes para el vecindario pacífico de una ciudad. En París los habitantes andaban desesperados el año de la Exposición. Todo les costaba doble y no encontraban coches ni ómnibus, aun pagando un ojo de la cara. París no era París. Verdad que la Exposición duró meses, y las fiestas de Mayo, por mucho que las estiren, no durarán más de quince días; pero con todo eso, sospecho que los madrileños gruñirán y rabiarán, al ver invadida su villa, ya asaz estrecha, por una horda de curiosos sedientos, ávidos de diversión, que materialmente se enredarán en los pies, como las hormigas de un hormiguero.

\*\*

Entre los libros últimamente publicados figura uno de tanto interés para mí, que no a título de *juicio literario* (me los he vedado tratándose de autores vivos), sino como mera información y reseña de lo que el tal libro contiene, habré de gastar en él unos cuantos párrafos. — Es el titulado *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo*, y su autor el docto sacerdote y dignidad de la catedral de Burgos don Antolín López Peláez.

Sarmiento es un monje y escritor gallego fecundísimo y sapientísimo, que dejó inéditas casi todas sus obras. Le impulsaron a este retraimiento causas y razones que *mutatis mutandis* podrían también alegarse hoy para no publicar, especialmente la del «escaso ó ningún fruto del libro, como no guste a dos ó tres.» Sarmiento fué sin duda un caso temperamental, un polígrafo, que emborrataba y se guardaba el manuscrito, ó le consentía correr copiado, sin hacer gemir con él las prensas. Este sistema es, en cierto modo, una apelación a la posteridad.

Hasta su muerte no vieron la luz las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, trabajo el más conocido y consultado de Sarmiento.

Las demás que han visto la luz, de mí sé decir que aunque había leído algunas, apenas las recordaba, y con sumo gusto encuentro su catálogo en la obra del Sr. López Peláez. Son verdaderas monografías científicas, de esa ciencia pintoresca y algo crédula, llena de imaginación, del siglo XVIII. Feijóo, modelo é ídolo de Sarmiento, había seguido igual sistema: y en la elección de asuntos se ve la honrada intención, el ansia de mejoramiento y progreso que entonces agitaba las conciencias y alentaba a los superiores espíritus de aquellos honrados religiosos.

Sarmiento — cuyos escritos y vida aparecen concienzudamente analizados en el libro a que estoy refiriéndome — fué al lado de Feijóo ese fiel y apasionado discípulo, ese constante defensor, ese que suelen tener las altas personalidades, y que, ante la posteridad, se confunde y desaparece para dejarlas que brillen en toda su gloria. Acaso esta condición, de reflejo y sombra de Feijóo, sea lo que hace a Sarmiento tan simpático. Para renunciar a la vanidad y considerar hacienda propia la reputación ajena, se necesita poseer un fondo de hombría de bien y de lealtad que se delata en los escritos de Sarmiento, el cual tenía los defectos de su época, pero también las cualidades. Este carácter suyo, brusco, formal, independiente, sincero, está perfectamente estudiado en el libro del Sr. López Peláez. «Yo no escribo — decía el padre Sarmiento — para imprimir ni para contemplar gustos a la moda. Cada uno escriba lo que, cuanto y como quiera, que yo no estoy privado de hacer lo mismo.» Hoy — por desgracia, a mi entender — ningún religioso hace alarde de esta libertad, ni la otorga a los otros. Los religiosos escritores se diría que llevan mordaza y que están pendientes siempre del más ligero escrúpulo, del escándalo de los pecados y pusilánimes y de la infundada opinión de los necios. A este encogido espíritu, ¡cuán preferible la rudeza y el desenfado de Sarmiento!

\*\*

Y como Sarmiento, más todavía que Feijóo, es un *periodista* en el sentido de que sus escritos sufren de un modo patente la influencia de la actualidad, es sumamente curioso el examen que de ellos hace López Peláez colocándose en el punto de vista de la sociología y deduciendo de aquel vivo é irrefutable testimonio la manera de ser del siglo de Sarmiento y de Feijóo. Ambos experimentaban el deseo y, si así puede decirse, la inquietud de la reforma de los abusos de la Iglesia; saludable inquietud, característica de aquellos varones puros y de intachable vida, que sin la exterioridad austera del protestantismo, tenían el ideal de un clero ilustrado y sano, de una religión que elevase el alma y fuese hermana cariñosa de la sabiduría — como en tiempos del Renacimiento.

Por eso las ideas reformadoras se desbordan en los escritos del padre Sarmiento, y según nos dice su meritorio biógrafo, «censura los defectos en la elección y conducta de obispos, quiere evitar las injusticias en las oposiciones a prebendas, reprende las faltas cometidas contra la regla en algunos monasterios, fustiga a los malos predicadores, critica la opulencia de las catedrales, comparada a la pobreza de las parroquias, no transige con el descuido de los párrocos, reniega de los sermones pronunciados de memoria, examina con severidad los entretenimientos monjiles, los dulces y las flores, y se interesa por la cultura literaria de los canónigos.» Hoy no se concibe que un religioso tome la iniciativa de ciertas observaciones, adelantándose a las que con dañado fin pudiesen hacer los demoleadores; entonces esto sucedía, y era, a mi parecer, signo de vida, revelación de fuerza.

Ni Feijóo ni Sarmiento transigían con los falsos milagros, con las patrañas y leyendas, aunque estuviesen tan arraigadas en el alma del pueblo como lo estaba la famosa de Nuestra Señora de la Barca, con su piedra movediza, que aún hoy atrae romerías y peregrinaciones. En este particular observo algo que merece notarse. Los que combatieron las supersticiones y creencias populares, hasta proponer la casa de orates para los que creyesen en *moras encantadas* y las galeras para quienes sin creer en ellas propalasen tales patrañas entre el vulgo, eran virtuosos monjes, de fe robusta, creyentes, que condenaban la superstición como el buen hortelano la cizaña. Y los que hoy restauran todo ese mundo de la fantasía religiosa condenado por los monjes, son gentes que, como Renán, no tienen fe, pero sí imaginación y sensibilidad nerviosa. No se admiraría poco Sarmiento al ver quiénes, en el siglo XIX, reconocieron como elemento artístico lo que él combatía y sentenciaba al manicomio.

Los excelentes monjes no dejaban superchería a vida. Falsas reliquias, supuestos cuerpos santos, que no se les pusiesen delante. Hoy, cuando recordamos tales campañas, unidas a las de reforma en las costumbres, medimos mejor la distancia que separa a un siglo de otro siglo. Hoy no estaríamos conformes con Sarmiento en esas pragmáticas contra el lujo, ni contra el número de coches superfluos; en cambio permanece de actualidad la empleomanía por él censurada, y como Sarmiento sufrimos hoy las molestias de las recomendaciones, no cesando de llover sobre nosotros las pretensiones de los que el benedictino gallego llamaba *sárganos*, y saltando a nuestros ojos los inconvenientes de esa «lista civil de la clase media» que se llama el presupuesto repartido... Y también la corriente de las ideas (a pesar del darwinismo y su principio de la transmisión hereditaria, que es el más aristocrático de cuantos ha proclamado la ciencia) va hacia el sentir de Sarmiento y confirma su dicho de que «toda nobleza sólo es personal y vitalicia,» y de que «así como hay escudos y timbres para los que descienden de un militar famoso, así, y con más razón, debe haber blasones para los que tienen por ascendientes a sabios ó literatos ó inventores, ó a los que de algún modo hayan hecho grandes beneficios al género humano.» Grande sería la sorpresa de Sarmiento, si hoy resucitase, al ver que los blasones se conceden al dinero ó a la influencia política, y que la idea de que sabios, literatos, inventores, bienhechores merecen alguna especial distinción en la jerarquía social, lleva camino de no prevalecer, por lo menos hasta una época en que se nos vaticina que ya no habrá ni tales distinciones, ni tal jerarquía, ni títere con cabeza.

\*\*

Sarmiento reconocía ya en su tiempo la existencia de tres plagas que hoy han adquirido en España lamentable desarrollo: el robo (que es otra forma de la vagancia), la vagancia misma, la mendicidad. Una de sus mejores ocurrencias era la de querer que los soldados, en tiempo de paz, se dedicasen al trabajo, en labores de utilidad pública; y de cierto estaría conforme con el moderno criterio de que, en tiempo de paz también, sea el cuartel el complemento de la escuela. A la última andaba Sarmiento también al condenar la guerra «como espantosa calamidad y reminiscencia de las costumbres de los bárbaros,» y al preocuparse de su coste, y al defender el derecho de la mujer a ejercitarse en todo aquello para que sirve y posee aptitudes, y es profunda su sentencia de que «lo que hay escrito de moral sólo lo han escrito los hombres: falta una buena porción que escribiesen las mujeres para las mujeres...»

\*\*

Y no continuó sacando jugo del libro del señor López Peláez, porque sería cuento de no acabar nunca; tanto es lo que me interesa este monje, que él solo resume y encarna la noble y honrada aspiración de un siglo en el cual la sociedad se transformaba y los espíritus percibían la esperanza de un bien que no nos han dado las instituciones modernas (confesémoslo).

EMILIA PARDO BAZÁN.

## PENSAMIENTOS

La audacia en la acción, la generosidad en la victoria y la alteza de miras en el consejo son las cualidades que caracterizan a los verdaderos generales.

M. DENORMANDIE.

La abnegación no tiene valor sino en cuanto es ignorada y mientras no recibe la recompensa de los aplausos de la gente.

F. GARNIER.

En la persecución de un fin noble los obstáculos amortiguan el entusiasmo, esa fe de los primeros días, pero con la perseverancia aumenta el mérito.

L. GARNIER.

La vejez es una enfermedad extraña: se la cuida para hacerla durar.

— En presencia de una obra útil no busquemos demasiado las segundas intenciones de sus autores; juzguémola sólo por sus beneficios.

— El miedo de ser engañado hace ingrato al hombre.

G. M. VALTOUR.

Es inútil pedir frutos a un árbol cuyas raíces han sido cortadas.

LEÓN XIII.

# EL Correo de los Andes



## EL CORREO DE LOS ANDES

### HISTORIA QUE PARECE CUENTO

Mendoza, provincia ó estado del mismo nombre que forma parte de la Confederación Argentina, después de ocupar una ancha y pintoresca llanura esmaltada de viñedos, se extiende por la famosa cordillera de los Andes, hasta confundirse con las escabrosas fronteras de la república de Chile.

Hará como media docena de años, época á que se refiere esta verídica historia, un ferrocarril de vía estrecha permitíale al viajero que se determinaba á salvar las altas cumbres, límites divisorios de aquellas dos naciones, realizar con cierta comodidad relativa la primera parte de la temeraria excursión, yendo desde Mendoza á Uspallata en seis horas y de Uspallata á Punta de Rieles en cuatro, lugar donde finalizaba por entonces el camino de hierro de la cordillera argentina.

Un trayecto de 156 kilómetros, siempre subiendo por una imponente vía abierta entre áridas rocas ó confiada á metálicos puentes suspendidos á su vez sobre peligrosas cortaduras, servía como de sugestiva introducción á la arriesgada empresa del paso de los Andes.

Algo muy parecido á esas sorprendentes y terribles láminas con que el célebre Gustavo Doré supo representar las montañas infernales de *La divina comedia* se diseñaba en lontananza. Montes, muchos de ellos adornados con albornosos de perpetuas nieves, aparecen á cuatro y cinco mil metros sobre el nivel del mar, bajo la aplanada bóveda de un cielo gris, sin diafanidad ni ambiente.

Y á medida que se avanza nótanse también en progresión creciente la tristeza, la soledad y la falta de vida.

Reina un profundo silencio, sólo turbado por los fatigosos resoplidos de la locomotora que tira trabajosamente del tren; ningún pájaro surca ya los enraucados aires y desapareció del suelo toda vegetación.

Viajaba en mi compañía una pacientísima esposa que á Dios plugo darme, mujer, dicho sea de paso y en honor de la verdad, dos veces heroica; la primera por haberme soportado 26 años en calidad de *media naranja*, y la segunda por haberse atrevido á pasar la gran cordillera á lomos de un mal rocín.

Hicimos alto en Uspallata, donde nos permitieron descansar cuarenta minutos, el tiempo preciso para tomar un tinteempicé; luego volvimos á reanudar la

marcha para Punta de Rieles, término por aquella época, como ya dije, del ferrocarril andino.

A las cinco de la tarde próximamente llegamos al expresado punto: allí una paternal quintilla, escrita en la pared de la estación, tuvo la galantería de advertirnos cuerdamente:

De aquí no pasa la vía;  
si anhelas mayor altura  
pide una caballería,  
y á la muerte desafía  
por caminos de herradura.

Y no anduvo tan desacertada la musa de los Andes, pues apenas se monta en la clásica mula, vehículo irremplazable de aquellas asperezas, y se acomete el verdadero viaje, siguiendo con lentitud rítmica por los desiguales bordes del serpenteante y despeñado Mendoza, se miran abrirse ya con horror bajo nuestros pies los más pavorosos abismos ó amenazar con desplomarse sobre nuestra cabeza las inclinadas rocas, adheridas á las montañas por invisibles lazos.

Un repentino aguacero, acompañado de granizo, nos cala rápidamente hasta los huesos, y en tal disposición, después de una larga caminata, casi al anochecer, llegamos al horrible caserío denominado «Las Vacas», primera etapa en el infierno del poema andino, donde un hábil industrial se apresura á brindarnos albergue y cena, que luego resultan pésimos y escandalosamente caros.

Pernoctamos, pues, en tan mísero alojamiento. ¡Y qué remedio si era aquel el único refugio dispuesto, para desollar al viandante, por aquellos americanos andurriales!

En un cobertizo de unas quince varas de longitud por ocho de anchura, comedor, sala de descanso y dormitorio, todo en una pieza, nos reunimos la media docena de personas que formábamos la caravana. El comerciante de Valparaíso llevaba en su compañía un criado, perteneciente á la *ilustre familia de los rotos*, clase baja del pueblo chileno, que recuerda á cada paso el histórico tipo araucano. Yo, por mi parte, habíame agenciado un par de guías, muy *vaqueanos*, como llaman por aquel país á la gente experta, para el mejor servicio de mi mujer, sin olvidar el de su respetable cónyuge.

¿Y no sentirá el lector ninguna curiosidad por saber lo que es un guía de los Andes?

Figuraos un compuesto de águila y cabra, de ojo perspicaz y pie seguro, que conoce los atajos y encrucijadas de la gran cordillera con la misma facilidad que un cochero de *punto* las calles de una población.

Suele ser, por lo general, chileno de Aconcagua, nacido en la provincia de Santa Rosa, y acostumbrado desde la niñez á la vida de las montañas. Su estatura es corta casi siempre, aunque bien proporcionada; miembros finos, pero fuertes y elásticos

como el acero, y entre las cualidades de su espíritu resaltan, en primer término, un despego nativo maravilloso, un valor que raya en lo temerario y una fidelidad capaz de llegar hasta el sacrificio.

El guía que se consagraba á mi especial cuidado llamábase Manuel, de apodo el *Correo*, por haber desempeñado esta comisión durante varios años á través de la cordillera, y gozaba de legítima fama de poseer una memoria prodigiosa, sobre todo para los sucesos que se relacionaban con los Andes, y que él refería con pintoresco estilo.

Abrigados medianamente bajo el destartado cobertizo, pues aunque viajábamos en verano las noches eran muy frías por aquellas elevadas regiones, desentumecidas las piernas y libres ya las blandas posaderas del contacto con el duro aparejo, pensamos en cenar, operación que se verificó en un periquete, y después Manuel tuvo la amabilidad de contarnos de sobremesa algunas historias de su repertorio, eligiendo, por supuesto, las más terroríficas y espeluznantes.

Un sueño irresistible, aumentado por la fatiga, nos iba entornando pesadamente los ojos, y determinamos recurrir á la posición horizontal, extendiendo los doloridos huesos sobre los tísicos jergones y preservándonos de los rigores del frío con las mantas de viaje.

Dormimos como troncos, madrugamos con el alba y emprendimos nuevamente camino con dirección al famoso «Puente del Inca», á fin de llegar á «Las Cuevas» antes de obscurecer, ó sea al pie de la cumbre que divide á Chile de la Argentina. ¡Diez horas á caballo! Una friolera.

A los treinta minutos de marcha, tras de subir un difícil repecho, nos encontramos á la vista de una extensa cañada, cubierta á lo lejos de tenues nebulillas que iba disipando rápidamente la rosada aurora.

Y al paso que se aproximaba el sol y desaparecían los flotantes vapores, el espectáculo resultaba también más encantador.

Serpenteábamos por la granítica espalda de un monte, cuyas caprichosas crestas semejabán torrecillas almenadas de un mágico y portentoso castillo feudal; el río Mendoza se precipitaba en su resonante cauce, formado entre peñascales por continuos terremotos, y allá, de frente, cerrando el horizonte todavía coronado de arboladas nubes, destacábase otro monte de colosales proporciones y de no menos fantástica perspectiva.

— Manuel, le pregunto al guía, ¿cómo se llama ese monte de murallones acantilados y revestido á trechos de negras rocas?

— Señor, responde el guía sonriendo, acaba de desaparecer la neblina, y si os fijáis cuidadosamente en él, vos mismo acertaréis el verdadero nombre.

— No es tan fácil.

— ¡Y tanto!, replica Manuel. Y si no, vamos á la prueba. Ahora que ya se distinguen con toda claridad

los objetos, ¿no os parece ver en la cima de ese extraño monte la fachada de una maravillosa catedral?

- Sí, es muy cierto.

- Y bajando un poco la mirada y fijándola en aquellos pedruscos esparcidos por antiguos *remeros*, «temblores de tierra», ¿no os hacéis la ilusión de estar contemplando una larga fila de penitentes que suben por el rojo acantilado en dirección del templo?

- Tienes muchísima razón, no digas más, ya adi-vino su nombre. Debe llamarse «el Monte de los Penitentes.»

- ¡Ajá!

Quedó interrumpido el diálogo; y mi pobre mujer, que sentía un miedo horrible á la vista de tanto peligro, comenzó á santiguarse de pronto y á mascu-llar algunas oraciones.

Anduvimos en silencio como una media legua, penetramos después por una estrecha garganta, y subiendo sin cesar llegamos á una alta planicie en forma de meseta, circundada también de gigantescos montes, sobre cuyas reverberantes nieves jugueteaba ya el rubicundo Febo.

Verificada la ascensión, hicimos alto para descansar ante una especie de caseta fabricada con guijarros, cubil más propio de animales feroces que albergue de humanos seres, y que debía, no obstante, servir de amparo contra las inclemencias del invierno á los encargados de mantener la correspondencia entre la Argentina y Chile.

Una roca enorme, volteada allí por las sacudidas de algún terremoto, aparecía en la mitad del camino como colosal centinela. ¡Y caso particular! Sobre la superficie basáltica de aquella piedra se veía tallada groseramente una cruz, luego este nombre «Pedro Miranda,» y por último el consabido «R. I. P.»

Mi guía al pasar por delante de la gigantesca roca suspendió el paso, se quitó respetuosamente el sombrero, dobló la rodilla y se puso á orar.

- Algo de extraordinario ha debido acontecer por este sitio, á juzgar por tu religiosa actitud, díjeme á Manuel apenas hubo terminado su plegaria.

- ¡Y tan extraordinario!, exclamó con acento misterioso.

- ¿Sabes que estás picando mi curiosidad?

- ¡Ah, señor! Esta roca fué testigo de un acontecimiento portentoso y también del poder ilimitado de la mano de Dios.

- Ya te escucho, habla.

- «Seré breve. En el año 1890 desempeñaba yo el oficio de conductor del correo en el largo espacio comprendido entre el Juncal (Chile) y Las Cuevas (territorio argentino). Al llegar á este punto debía entregar mi balija al conductor de Mendoza y recibir en cambio la suya. Habíase convenido entre nosotros, previniendo probables complicaciones, que en el caso de no verificar el encuentro puntualmente en dicho paraje, proseguir adelante la marcha sin demora hasta tropezar con el compañero.

»Y esto mismo tuve que hacer yo el día 4 de mayo del año 1890, en vista de que el conductor mendocino, á pesar de haber transcurrido con creces el tiempo reglamentario, no acudía á la cita.

»Tomé, pues, con resolución el camino del «Puente del Inca,» hacia donde nosotros nos dirigimos ahora, aunque en sentido contrario, y fácilmente se fué despertando en mi corazón el presentimiento de una desgracia.

»La noche precedente había caído una regular nevada por las cumbres; el tiempo mostrábase bastante duro, y eran ya contadas las personas que se aventuraban á viajar por los Andes.

»El trayecto que media entre «Las Cuevas» y el «Puente del Inca» lo recorrí en tres horas escasas, sin descubrir alma viviente por loma ni cañada.

»¡No era ya posible la duda! ¡A mi compañero le había ocurrido algún percance grave!

»Pero... ¿dónde?

»¡Y vuelta á caminar! ¡Y vuelta á enredarme en un laberinto de conjeturas!

»Dejo atrás el solitario caserío del «Inca,» y cada vez con mayor ansiedad, sintiéndome como impulsado por una fuerza desconocida, corro hacia este mismo lugar en que ahora nos hallamos, y llego aquí providencialmente, para presenciar la escena más extraña y conmovedora que vieron los nacidos.

»Al pie de esta misma roca yacía un hombre, punto menos que agonizando, con la cabeza ensangrentada y oprimiendo convulsivamente entre sus brazos una abultada balija, la balija sin duda del correo argentino.

»Pero aquel solitario moribundo no se le parecía en nada al conductor de Mendoza. Era de compleción mucho más robusta y le doblaba seguramente la edad.

»Una sospecha terrible me asalta. ¿Habíase com-

prometido aquel hombre á reemplazar á mi compañero, inutilizado por repentina enfermedad?

»¿Sería tal vez un asesino?

»Poco vamos á tardar en saberlo.

»Apenas pudo el misterioso herido darse cuenta cabal de mi llegada, se incorporó trabajosamente y luego me dijo con pausado acento:

- «No esperes al conductor de Mendoza..., porque hace tres horas que lo asesiné en el camino de «Las Vacas» para robarle los 6.000 pesos... que encerraba esta maldita balija..., cuya cantidad en billetes guardo en la bolsa de mi *tirador* (cinturón).

- ¡Muerto!, grité con espanto.

- «Sí. ¡Muerto! ¡Muerto!.. Pero embriagado por



Un cóndor, un gigantesco cóndor...

los vapores de la sangre..., habíame propuesto realizar una doble hazaña... matándote á ti también..., y para conseguirlo traté de apostarme cautelosamente oculto por esta peña...; mas Dios ordenó las cosas de bien diverso modo... lanzando sobre mí el rayo de su cólera divina... sin darme tiempo de llevar á cabo mi segundo crimen!

»Un cóndor, un gigantesco cóndor... que se hallaba posado en la cima de esta roca en el instante de acercarme yo á ella, tiende su rápido vuelo, acompañado de siniestros graznidos; abre las férreas garras, y con maravilloso acierto... deja caer á plomo sobre mi cabeza la misma balija robada á mi víctima en el camino de «Las Vacas,» balija que había arrojado yo al fondo de un precipicio... después de haber extraído de ella los 6 000 pesos... ¡Aquí la tienes!.. ¿No la reconoces?... ¡Mírala bien!.. (Y me mostraba con espanto la fatal cartera.) ¿Se habrá visto jamás cosa semejante?... ¡El buitres de los Andes convertido en ejecutor de las sentencias del cielo!.. ¿No parece un cuento de brujas? ¡Y sin embargo, nada hay más verdadero..., por suerte tuya y por desgracia mía!

»Desde este momento comienzan á debilitarse las palabras del asesino ante el estertor de la agonía; sus ojos se van empañando con el vidrio de la muerte; hilos de negra sangre fluyen de sus oídos, y su cabeza se inclina pesadamente sobre el enronquecido pecho.

- «¡Perdón!.. ¡Perdón!, murmura haciendo un supremo esfuerzo. ¡Ten caridad, por la Virgen Santa!.. ¡Defiende mi cadáver del festín de esos diabólicos cóndores... que han sido la causa de mi pérdida... y que ahora seguramente estarán en acecho... esperando á que caiga... para bajar á devorarme!.. ¡Líbrame de ellos!.. ¡Abreme cristiana sepultura!.. ¡Y que Dios te lo pague..., y á mí..., piadoso..., me perdóne!

»¡Y en seguida expiró!»

- ¡Y lo enterraste aquí!.. ¿No es verdad, Manuel? Así al menos lo indican esa cruz y ese nombre, grabados quizás por ti en la roca, añadí yo.

- Sí, señor, aquí lo enterré, y para ello prestóme su ayuda la policía de «Punta de Rieles,» pues sabedora del bárbaro crimen, venía apresuradamente en busca del criminal, dirigida por un hábil *ras-treador*.

- ¿Y qué fué del correo mendocino?

- ¡Hizo Dios un milagro! Curó de sus gravísimas heridas, pero quedó inútil para el servicio activo de los Andes.

- ¿Y vive todavía?

- ¡Vive! El intendente de Buenos Aires, movido á compasión, le proporcionó un destino de guarda en los jardines de Palermo, y allí se encuentra en la actualidad al frente del departamento llamado de Ornitología, para regocijo de las aves en general y en particular de los cóndores, árabes, amos y reyes de la gran cordillera.

Calló Manuel, callamos todos, se acabó la historia y proseguimos nuestro viaje.

MARCOS ZAPATA.

## PRISIONERO

Quando Enrique volvió á Madrid, después de un largo viaje á la República Argentina, buscó á Lorenzo, su amigo y protector; pero sus averiguaciones resultaron estériles, pues no hubo persona que le diera razón de su paradero.

Supo que el hermoso hotel donde habitaba, sus fincas, coches y muebles, habían sido vendidos en pública subasta, sin que los acreedores pudieran cobrar ni el cincuenta por ciento del valor de sus créditos; que en el círculo su nombre fué borrado de las listas de socios á petición de la mayoría, y que se vió en la necesidad de huir de la corte para burlar las persecuciones de la justicia.

Enrique no se atrevía á creer cuanto le contaban. ¡Lorenzo Vélez, uno de los aristócratas más estimados en los salones, caballero sin tacha, de inteligencia cultivada, mesurado y prudente, perseguido por estafador, arrojado de los círculos y desposeído de sus bienes en concurso de acreedores!..

Una tarde que Enrique paseaba por el parque del Retiro, vió á un hombre que sentado en un banco y con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol, parecía entretenido contemplando á una turba de chicuelos que corrían y gritaban alegremente, y creyendo reconocer á su amigo Lorenzo, pronunció su nombre y le tendió los brazos.

Era aquel efectivamente Lorenzo Vélez; pero á no haber pasado Enrique tan cerca del sitio donde se encontraba, no hubiera podido reconocerle: tan gran transformación había experimentado su persona.

El joven alegre que vestía á la última moda y de aspecto tan distinguido que se hacía notar aun entre los más elegantes cortesanos, estaba convertido en un hombre sombrío, descuidado en el traje, y en su rostro se advertían las huellas de una vejez prematura.

Los dos amigos se abrazaron cariñosamente, y Enrique refirió á Lorenzo cómo con el dinero que le prestó había realizado en América varios negocios, logrando reunir un modesto capital, manifestándole su asombro por las noticias que tenía respecto á su conducta.

- He perdido todo, dijo Lorenzo, honor y fortuna, y lo peor es que he caído para no levantarme jamás.

- Eres joven todavía y no debes dejarte dominar por ideas melancólicas.

Lorenzo sonrió tristemente y añadió:

- Comprendo que no hayas querido creer el relato de mi vida en estos últimos años, pero cuanto te han contado es cierto. Algunas veces pienso en lo ocurrido y me parece un sueño. El joven espejo de caballeros, que no cedía en puntos de honor ante el más celoso de su dignidad, á quien todos querían y respetaban, cuya palabra era sagrada y una honra estrechar su mano, ha sido arrojado, no ya de los círculos donde se reúnen personas decentes, sino hasta de los garitos frecuentados por rufianes.

Debe haber en la vida de ciertos hombres una mano misteriosa que los empuja al abismo y cuya violencia no puede ser contrarrestada por los esfuerzos de la voluntad.

Muchas veces he intentado detenerme en el camino que seguía para no llegar al triste fin que adivinaba; pero como el barco que navega habiendo perdido el timón y va á estrellarse contra las rocas de la costa, sin que el capitán que advierte el peligro pueda evitarlo, iba derecho á la miseria y al deshonra, convencido de que mi voluntad no tenía energía bastante para anular la sugestión que ejerce en mi alma la mujer de quien será esclavo mientras viva.

No me ha inspirado esta pasión ó locura, como quieras llamarla, una joven digna del amor de un caballero, sino una mujer hermosa, muy hermosa, pero tan bella como malvada.

Sí, continuó Lorenzo exaltándose, es mala, muy mala, y tras su máscara de niña frívola y caprichosa

NÚM  
se oculta  
hombre  
su coraz  
En es

padres, y  
na me a  
amenaza  
que me l  
sia de lu  
disculpar  
recuerdo  
nombre.

se oculta un demonio que sonríe cada vez que un hombre honrado desciende hasta ella y le entrega su corazón y su fortuna.  
En esa mujer gasté el capital que heredé de mis

amigo que intentó ofenderla en mi presencia, derramando mi sangre por defender un honor que el solo intento de querer mantenerlo provocaba la risa.  
Y á pesar de sus desdenes, traiciones y maldades,

can ó enaltecen al personaje que logra conquistar sus simpatías.

La mentira era para mí la felicidad, y en la comedia de amor que Teresa representaba cuando sus



EN LA COCINA, cuadro de Guillermo Leibl

padres, y cuando se acercaba el momento de la ruina me abandonó sin hacer caso de mis súplicas y amenazas. Estaba convencido de su infidelidad, de que me había fingido amores para satisfacer su ansia de lujo y de placeres, y sin embargo pretendía disculpar sus perfidias; de mi alma no se borraba su recuerdo y temblaban mis labios al pronunciar su nombre. Sabía que era una infame y me batí con un

cuando heredé la fortuna de mi tío Eduardo me arrojé á sus pies y de nuevo supliqué una mirada de amor de sus ojos, que tan bien sabían fingir, y de aquellos labios que mentían con tanta facilidad una frase que resucitara mis alegrías.

En el teatro hay espectadores á quienes subyuga de tal modo la ficción, que vierten lágrimas ó prorumpen en exclamaciones de júbilo, según mortifi-

ojos me miraban con ternura y estrechaba mis manos entre las suyas, la ficción me sugestionaba de tal manera, que dudo mucho que hayan gozado iguales venturas los que han disfrutado de una dicha real y efectiva.

Gasté con Teresa el segundo capital lo mismo que el primero, y como el temor de perderla exaltaba mi imaginación, haciéndome cometer los mayo-

res desatinos, realicé estafas é indignidades de las que no hubiera creído capaz al último de los villanos, para prolongar un día, una hora, más, aquella mentida felicidad que huiría aterrada ante el estruendo de mi ruina y mi deshonor.

Así ocurrió efectivamente, y tres, seis, veinte veces ha sucedido lo mismo. Cuando el azar del juego, la mano de un amigo bondadoso ó alguna iniquidad ha llenado de oro mis bolsillos, he corrido á su casa: he perdonado sus infamias, disculpándolas por su carácter frívolo y ansia de lujo, y le he suplicado una limosna de amor, amor fingido, impuro, caricatura de las nobles pasiones, que en determinados momentos elevan á miserables pecadoras, pero que necesito para vivir, como algunos enfermos tienen que ingerir en su sangre grandes cantidades de veneno con el fin de prolongar la vida algunos días.

He pretendido alejarme de ella para siempre, trabajar, ser honrado; pero no puedo conseguirlo, y he intentado matarla ó suicidarme y me ha faltado el valor de que he dado pruebas en muchas ocasiones.

Su recuerdo ejerce influencia decisiva en mi espíritu; sus ojos tienen sobre mí un poder mágico, invencible, y su mirada despierta á la vez en mi espíritu las mayores energías para desearla y la mayor humildad para obedecerla.

Es una mujer capaz de todas las infamias, ingrata, desleal: sé que mientras domine en mi corazón no podré regenerarme; la odio, pero la quiero cada vez más, y así como en los campos se extiende el fuego á la vez que arrecia la fuerza del viento, á medida que aumentan mis rencores crece mi amor ó desvarío.

— Eso es una locura, dijo Enrique, y para curarla te han faltado los consejos de un buen amigo. Por fortuna he llegado á tiempo de salvarte de la miseria, y evitaré que cometas más desatinos. Hoy mismo te devolveré las treinta mil pesetas que me entregaste generosamente para que estableciera mis negocios en América, y con esa cantidad y lo que ganemos trabajando juntos tendrás para vivir.

Los dos amigos se marcharon á cenar, y á la mañana siguiente Enrique envió á Lorenzo los seis mil duros que le había prometido y una carta muy expresiva invitándole á almorzar; pero Vélez no acudió á la cita ni aquél pudo encontrarlo en ocho días.

Cuando logró verle, Lorenzo participó á su amigo que marchaba á París acompañado de Teresa y que la joven le había prometido eterna fidelidad.

— Y ahora la creo, añadió muy serio. ¡Ya ves! ¡Me ha propuesto que nos casemos!

— ¿Y tú?, le preguntó Enrique asombrado.

— ¡Qué he de hacer! ¡Si tiene ese capricho!

Enrique iba á increparle duramente, pero Lorenzo le interrumpió diciendo:

— Cuando niño oí contar una historia de cierto español rico que habiendo cometido un delito huyó á Africa, cayendo prisionero de los moros. Después

Soy como el cautivo de los moros: he perdido mi fortuna, el honor de mi nombre, el imperio de mi voluntad; quizá pudiera reconquistar algo; pero igual que el prisionero del cuento se consideraba más feliz en su pobreza contemplando las palmeras de Tetuán, que en sus fincas de España, y deseaba la libertad y la tenía, yo me considero más dichoso en este cautiverio de mi alma, con una limosna de amor, que gozando de todos los placeres de que disfruté en mis tiempos de opulencia.

El hombre honrado que en un momento de flaqueza cometió un delito, desea salir de la prisión, pero teme que llegue el día en que le restituyan al mundo, porque sabe que le arrojarán al rostro sus afrentas y se negarán á estrechar su mano los que antes se llamaban sus amigos.

No entregues á ninguna mujer tu inteligencia y tu corazón tan por completo que llegue á dirigir todos los actos de tu vida; porque si es buena y te convences de que corresponde á tu cariño con la misma vehemencia, serás un tirano cruel, como lo he sido yo en muchas ocasiones, y acabarás por hacerla desgraciada, y si es mala y le sacrificas corazón, fortuna, honor y amistad, llegará á darse cuenta de que domina en absoluto tu voluntad y tu pensamiento, y de que ella sola es el bien que puedes apetecer, puesto que te ha apartado de cuanto podía serte agradable y te ha envilecido hasta el punto de deshonorarte por alcanzarla.

Entonces, como el hombre honrado que en un momento de ofuscación cometió un delito, desearás y temerás á la vez recobrar la libertad perdida: al mismo tiempo crecerán en tu alma el odio y el amor, y serás su esclavo, su eterno prisionero.

G. BRIONES.



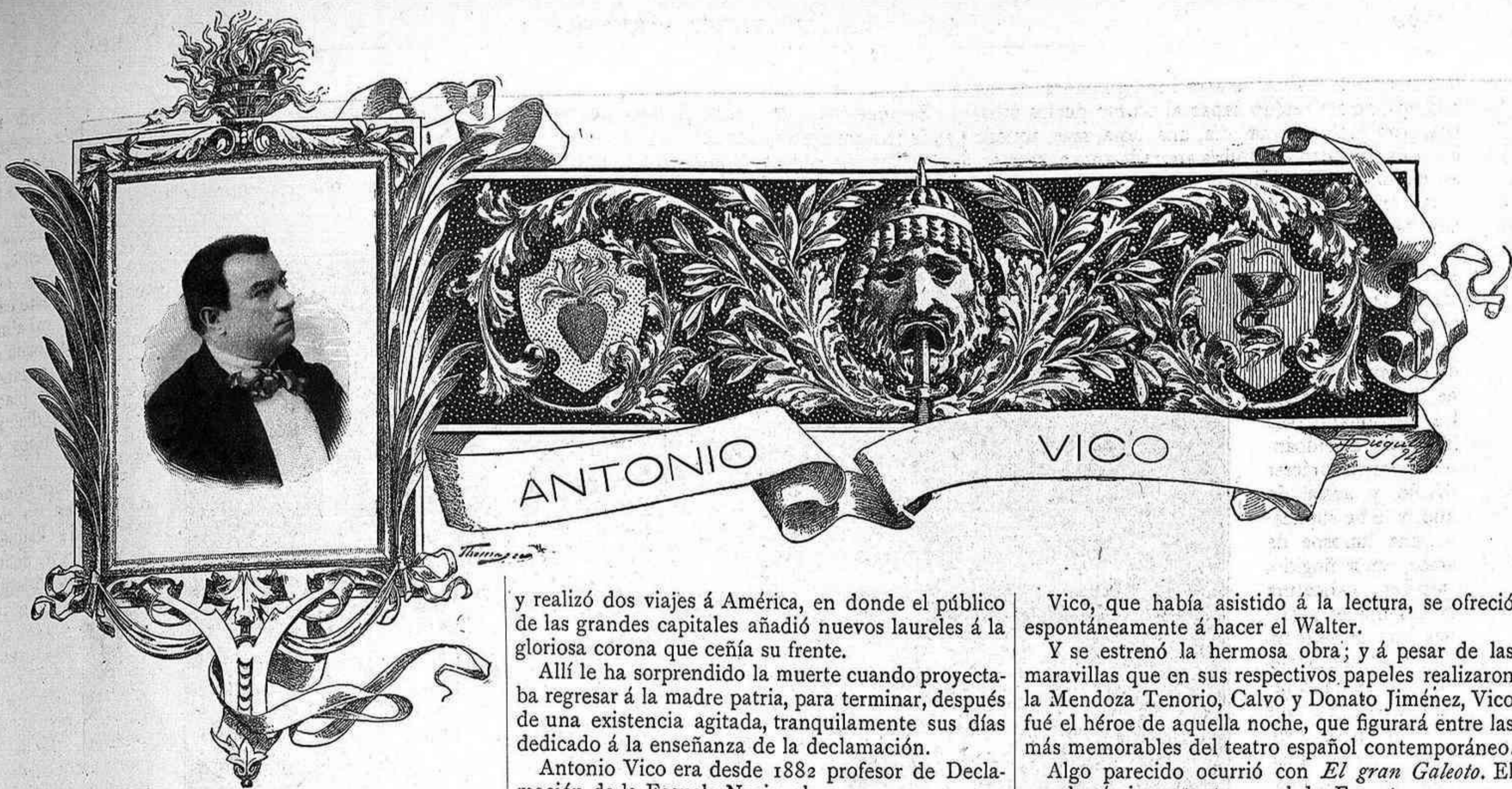
UN DRAMA, cuadro de C. Froeschl

de largo cautiverio pudo recobrar la libertad y volver á su país, donde encontraría buena casa y rentas saneadas y no le molestarían, pues estaba indultado de la pena que se le impuso; pero el buen hombre se acostumbró á vivir en Marruecos, y aunque pensaba algunas veces en que allí peligraba su cabeza y pasaba muy malos ratos, porque los mahometanos le trataban con cierto desvío, una fuerza misteriosa y más potente que su voluntad le retenía en aquellos sitios en los que encontraba singulares encantos.

Temía volver á su país, donde le recordarían su acción infame, y abandonar la felicidad relativa de que disfrutaba para marchar en busca de lo desconocido. Se había acostumbrado á ser bárbaro, como hay criados que tienen tal hábito de servidumbre que aunque logren reunir un modesto capital continúan aguantando las impertinencias del amo, y comerciantes millonarios que soportan detrás del mostrador las insolencias del público.

UN DRAMA, CUADRO DE C. FROESCHL

Así como en un vaso de agua puede desarrollarse una tempestad, así también puede producirse un drama en un medio y con personajes aparentemente poco á propósito para situaciones conmovedoras y violentas. Dígalo, si no, el cuadro que en esta página reproducimos: la escena podrá resultar cómica para el que la contempla; pero para los actores de la misma, para esos bellísimos dos hermanitos abrazados, que con hondo consuelo presencian la horrible muerte de la *hija de sus entrañas*, el drama existe y aun alcanza las proporciones de verdadera tragedia. No hay más que fijarse en esas dos criaturas para comprender, no sólo lo que sienten, sino cómo siente cada una de ellas: el padre, el varón fuerte, procura reprimir el llanto para no aumentar la aflicción de la madre; ésta, al fin mujer débil, se abandona á su desesperación y oculta su rostro en el pecho de su compañero. El dolor une á aquellos dos niños como pudiera unir á dos padres de verdad y se manifiesta con la intensidad misma con que se manifestaría si de personas mayores se tratara; que el dolor no ha de medirse por la causa que lo motiva, sino por el grado de resistencia que á las penas puede oponer el corazón en las distintas edades de la vida del hombre.



La noticia de la muerte de Antonio Vico, ocurrida á bordo de un vapor y cerca de Nuevitás, ha sorprendido dolorosamente á cuantos se interesan por el arte dramático nacional; porque sin necesidad de entrar en comparaciones ni de poner en parangón con el suyo los nombres de otros actores, bien puede afirmarse que Vico ha sido una de las más grandes y legítimas glorias del teatro español contemporáneo. Actor de cuerpo entero, adorador del arte, más artista de sentimiento que cómico de oficio, ponía, no ya todo su talento, su alma entera, en la interpretación de los personajes que los autores le encomendaban, resultando todos ellos creaciones geniales; y mucho tiempo habrá de pasar antes de que otros actores logren aminorar, ya que borrarlos será imposible, el recuerdo que de él conservarán las presentes generaciones. A los papeles por él creados podrá aplicarse, quién sabe hasta cuándo, el célebre: «*Nadie las mueva...*»; y al desaparecer del mundo de los vivos los que hemos tenido la dicha de admirar á ese coloso de la escena, quedará siempre en los anales de la historia del arte el nombre de Vico como uno de los que á mayor altura lo elevaron en el siglo XIX.

Antonio Vico nació en Jerez de la Frontera en 1840, y sus primeros pasos en su carrera artística fueron penosísimos, pues grandes actores de aquel tiempo, como Romea y Arjona, no supieron ver en aquel galán joven las cualidades que andando el tiempo habían de convertirle en uno de nuestros primeros artistas dramáticos.

El eminente D. José Valero fué, por decirlo así, quien lo descubrió, y por él alentado y dirigido, obtuvo sus primeros triunfos en Barcelona en 1864. De aquella compañía pasó á la de Tamayo y Baus, con la que recorrió los primeros teatros de las principales capitales españolas, obteniendo en todos éxitos brillantísimos.

Presentóse en Madrid por primera vez en el teatro Lope de Rueda, en 1873, logrando entusiastas ovaciones, sobre todo en *Los amantes de Teruel*, y dos años después entró de primer actor en el teatro Español. Los más celebrados autores dramáticos, Ayala, Echegaray, Sellés, Cano y otros, escribieron para él obras tan celebradas como *Consuelo*, *El gran Galeoto*, *La muerte en los labios*, *Vida alegre y muerte triste*, *El nudo gordiano* y *La Pasionaria*, y á él se debieron en buena parte los éxitos ruidosos que tales obras alcanzaron.

Unido luego á Rafael Calvo, realizaron juntos en el clásico coliseo madrileño una de las campañas más gloriosas y más fructíferas para el arte dramático español. Y, cosa rara, aquellos dos actores igualmente grandes, en quienes el público no veía sino á dos rivales que luchaban por sobrepasar el uno la gloria del otro, eran amigos entrañables, y si Calvo era el más entusiasta admirador de Vico, no había quien como Vico admirase más incondicionalmente á Calvo.

Después hizo varias excursiones por provincias y Portugal, cosechando en todas partes los mismos entusiastas aplausos; y finalmente, impulsado tal vez por la necesidad, quebrantó el firme propósito que desde su juventud se hiciera de no cruzar el Océano,

y realizó dos viajes á América, en donde el público de las grandes capitales añadió nuevos laureles á la gloriosa corona que ceñía su frente.

Allí le ha sorprendido la muerte cuando proyectaba regresar á la madre patria, para terminar, después de una existencia agitada, tranquilamente sus días dedicado á la enseñanza de la declamación.

Antonio Vico era desde 1882 profesor de Declamación de la Escuela Nacional.

\*\*

Innumerables son las anécdotas que del genial actor se cuentan y que pintan de una manera gráfica su carácter y su modo de ser artístico.

Nuestro querido colaborador D. Eusebio Blasco, en un bellísimo artículo publicado en *El Liberal*, de Madrid, al tener noticia de la muerte del que fué su amigo entrañable, narra el siguiente sucedido:

«Leyó Adelardo Ayala su *Consuelo* en mi casa; en la plaza de Celenque, ante una reunión de amigos íntimos y algunas señoras. Vico estaba también allí; y cuando nuestro amigo terminó la lectura, entre grandes elogios, me dijo el gran actor:

— «Todo lo que hemos oído es para que se luzca él... Algo tendré que hacer yo por mi cuenta.

» ¡Ya lo creo que hizo!

» La noche del estreno nos levantó á todos del asiento en unánime arranque de entusiasmo, diciendo dos palabras, cuyo efecto no había pensado Ayala:

¿... Pero no viene, no viene tu Ricardo?

» Fué una explosión, una cosa inaudita... Y cuando entré á verle en su cuarto:

— «¿No te lo dije que yo tenía que sacar mi tajadita?»

En la misma noche de aquel memorable estreno, terminado el primer acto con un débil aplauso y sin que nadie llamara al autor, paseábase Ayala como un loco por entre bastidores, pasándose la mano con furia por entre su melena.

— «¿Qué pasa aquí?, decía con voz bronca. ¿Por qué no me llaman?»

Vico, apoyado sobre la puerta del foro, esperaba á que el traspunte le diera la salida; pasó Ayala junto á él y repitió sin poderse contener:

— Pero ¿por qué no me llaman?»

Vico sonriendo le replicó:

— Ahora le llamarán á usted, D. Adelardo.

Dió el traspunte la orden de salida y el gran artista, á quien la emoción apenas dejaba hablar, salió á la escena y desde la puerta del foro dijo de un modo tan sublime la famosa redondilla

«Dichas que no merecí en pago de amor sincero, por tan obscuro sendero ¡qué tristes llegáis á mí!»

que el público, loco de entusiasmo, aclamó al gran actor, el cual asió de la mano á Ayala y le sacó á la escena entre aplausos y aclamaciones delirantes.

Cuando D. José de Echegaray leyó en el saloncillo del teatro Español *La muerte en los labios*, alguien le indicó que del papel de Walter podía encargarse Vico porque resultaba un papel de mucha importancia.

— No me atreveré á indicárselo, repuso Echegaray, pues creo que el papel de la obra es el de *Conrado*.

Hay que advertir que este papel había sido confiado á Rafael Calvo.

Vico, que había asistido á la lectura, se ofreció espontáneamente á hacer el Walter.

Y se estrenó la hermosa obra; y á pesar de las maravillas que en sus respectivos papeles realizaron la Mendoza Tenorio, Calvo y Donato Jiménez, Vico fué el héroe de aquella noche, que figurará entre las más memorables del teatro español contemporáneo.

Algo parecido ocurrió con *El gran Galeoto*. El papel más importante era el de *Ernesto*, que representaba Rafael Calvo de una manera admirable; Donato Jiménez interpretó el de *Don Julián*. Pero representó en otra temporada este papel Vico, y desde entonces el papel de *Don Julián* fué el primero de la obra.

La última vez que vió Zorrilla su *Don Juan Tenorio*, hacía Vico el protagonista en el Español.

— Vaya el quinto acto por usted, dijo el gran actor al gran poeta.

Y aquel acto del cementerio, como ha dicho con razón un crítico, debió grabarse aquella noche en mármoles para gloria del arte dramático español y para lección de artistas presentes y futuros.

— Este *Tenorio* no es el mío, es el suyo, decía Zorrilla á la salida del teatro. Yo había soñado el tipo, pero hasta hoy no lo había visto en la realidad.

Tenía Vico fama de apático é indiferente, dándose muchas veces el caso de que en una misma obra y aun en una misma noche resultara su trabajo desigual en extremo. Un domingo por la tarde representaba en el Teatro Español *La jura de Santa Gadea*. El teatro estaba lleno; pero D. Antonio no tenía aquella tarde ganas de trabajar, y en el primer acto estuvo bastante mediano.

En el primer intermedio entró á saludarle un amigo íntimo.

— ¿Qué hay?, le preguntó el actor.

— Que debías estar en presidio. Tienes el teatro lleno y estás haciendo la obra de *mandanga*.

— Hombre, ten en cuenta que esta noche trabajo también en *Vida alegre y muerte triste* y no quiero cansarme.

— Bueno, pues quédate con Dios. Me voy á Novedades á ver *La monja sangrienta*. El drama será un disparatón, pero al menos trabajan aquellos modestos actores con buena voluntad.

— No te vayas, hombre, no te vayas. Voy á hacer para ti el segundo acto..., pero sólo el segundo.

Y en efecto el segundo acto de *La jura en Santa Gadea* fué una maravilla y el público se volvió loco con el genial actor.

\*\*

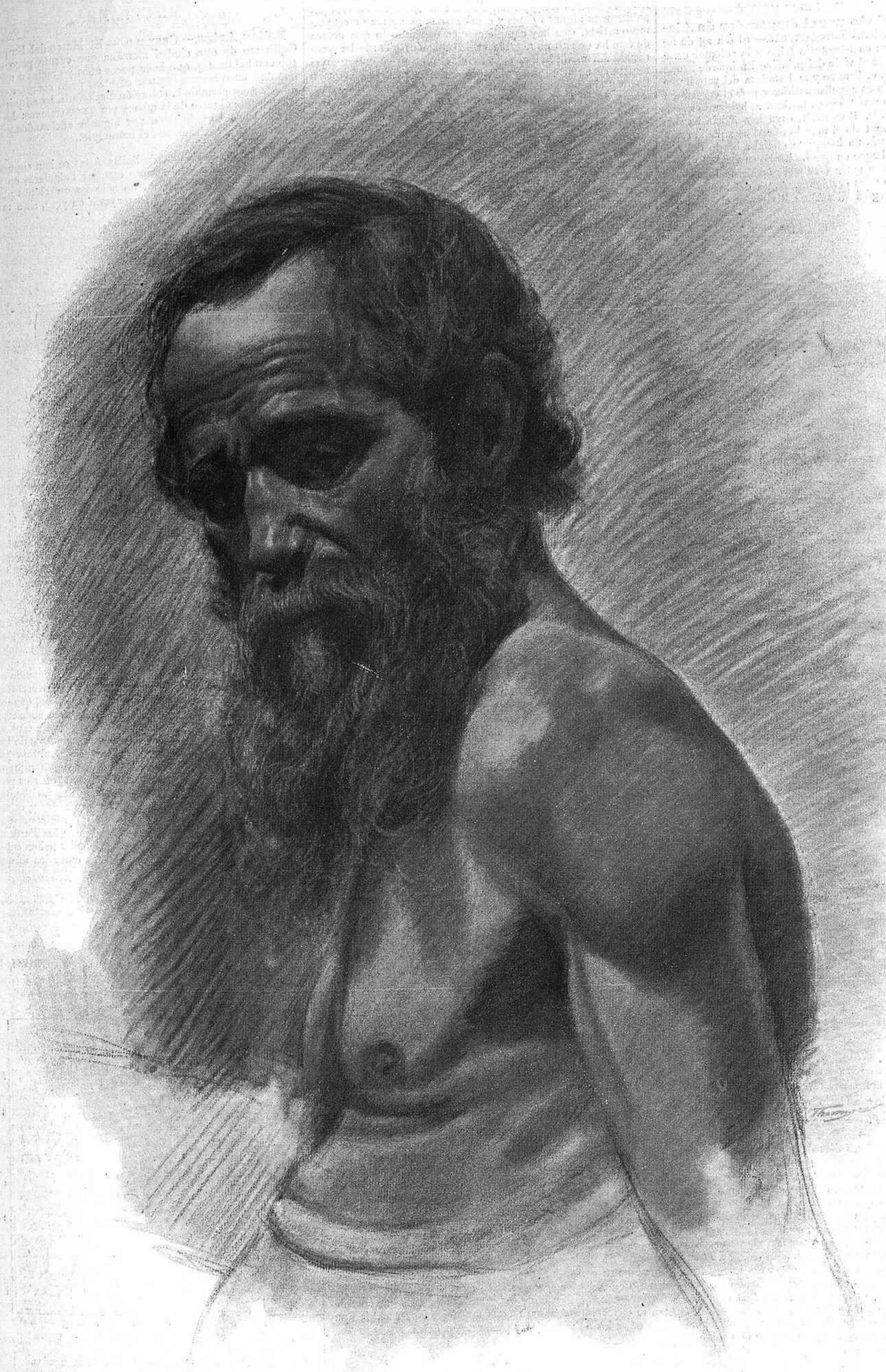
Terminaremos estos ligeros apuntes copiando lo que acerca de Vico ha escrito un notable crítico español:

«Representar el protagonista de *Los amantes de Teruel*, llegando hasta lo sublime en lo dramático, é interpretar luego el brigadier de *Jugar al escondite*, produciendo la misma hilaridad que el más notable actor cómico, es empresa solamente reservada á las eminencias verdaderas del arte escénico. Persuadir de la propia manera en el *Cid Campeador* que en el característico de *La escala de la vida*; hacer á maravilla el galán joven, el galán, el barba; recorrer triunfante todos los caracteres de todos los géneros, desde la piecilla *El padre de la criatura* hasta el drama sentimental *La muerte civil*, es, repito, altísimo empeño que sólo puede llevar á feliz realización un artista verdaderamente excepcional. Vico lo es en grado máximo, y cuanto se diga en elogio de sus varias aptitudes será pálido reflejo de lo que merece en justicia.» — S.



ENSEÑANZA MUTUA, cuadro de Mlle. Jenika Cabarrús





CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Jacinto Espinal

NUESTROS GRABADOS

**Brazaletes regalado por el emperador de Alemania á Miss Alicia Roosevelt.**— El día 25 de febrero último verificóse en Shooter's Islands la solemne ceremonia que ha motivado el viaje del príncipe Enrique de Prusia á los Estados Unidos, el bautizo y la botadura del yate imperial *Meteor*, construido en aquellos astilleros para el emperador de Alemania. El acto revistió gran brillantez, habiendo asistido á él el presidente Mr. Roosevelt, cuya hija Alicia ha sido la madrina del barco, y todo el mundo oficial de aquella república. Celebróse después un banquete oficial á bordo del *Hohenzollern*, que es el buque en que ha hecho su viaje el príncipe, y en él se cambiaron entre éste y el presidente los brindis que son de rúbrica en tales ocasiones. Antes del banquete, el príncipe Enrique entregó á Miss Alicia Roosevelt el regalo que



BRAZALETE REGALADO POR EL EMPERADOR DE ALEMANIA Á MISS ALICIA ROOSEWELT, hija del Presidente de la República de los Estados Unidos, con motivo de la botadura del yate imperial *Meteor*, construido en Shooter's Island

le ha dedicado el emperador y que en esta página reproducimos: consiste en un magnífico brazaletes, compuesto de una gruesa cadena de oro con el retrato de Guillermo pintado sobre marfil. El emperador está representado en uniforme de gala del regimiento de guardias de corps y con la banda de la orden del Aguila Negra. La efigie va rodeada de un aro delgado de pequeños diamantes, encerrado á su vez dentro de otro formado por 19 brillantes de gran tamaño.

\*\*

**Miss Stone.**— La prensa de todos los países se ha ocupado muy extensamente de la historia de esta misionera americana que en 3 de septiembre de 1901 fué secuestrada por unos bandidos en la frontera turco-búlgara y que después de seis meses de cautiverio ha sido puesta hace poco en libertad en Strumnitza (Macedonia), previa la entrega de un rescate de 330.000 francos que sus compatriotas han reunido. A juzgar por el retrato que publicamos y que está tomado de una foto-



MISS STONE, misionera norteamericana, que fué secuestrada por unos bandidos en la frontera turco-búlgara y que después de más de seis meses de cautiverio ha sido puesta en libertad mediante un rescate de 330.000 francos.

grafía hecha en Salónica pocos días después de su liberación, no ha sido muy maltratada por sus secuestradores y parece que no le ha sentado mal su estancia en las montañas de Bulgaria. Y como no hay mal que por bien no venga, según reza el conocido refrán, lo mucho que de ella se ha hablado le habrá servido de gran reclamo para las memorias que ahora se propone publicar relatando sus aventuras, ó mejor dicho, sus desventuras, que á buen precio le han encargado algunas revistas de la América del Norte, lo cual ha hecho sospechar á alguno de esos espíritus que en todo adivinan segundas intenciones, que de esto era precisamente de lo que se trataba, de un reclamo *sui generis* para un gran negocio editorial. Muy aventurada es tal suposición; pero tratándose de gentes y cosas de los Estados Unidos, parecen admisibles las más arriesgadas hipótesis. Con Miss Stone ha estado también cautiva otra misionera, lady Tsilka-Ligord.

\*\*

**Retrato de D.<sup>a</sup> María de las Mercedes Fernández, pintado por Goya.**— Cuando hace poco menos de dos años se verificó en Madrid la exposición de obras de Goya, publicamos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA (n.º 972) un artículo del Sr. Balsa de la Vega, en el que este notable crítico trazó la biografía é hizo un profundo estudio de la personalidad artística y de la obra colosal del gran pintor aragonés. Innecesario nos parece, por consiguiente, emitir ahora juicio alguno acerca del lienzo que en la primera página del presente número reproducimos, porque, aparte de la consideración expuesta, tratándose de maestros indiscutibles y consagrados por la fama universal, como el inmortal autor de los *Caprichos*, huelga todo lo que no sea un tributo de incondicional admiración á sus portentosas creaciones.

**En la cocina, cuadro de Guillermo Leibl.**— En los números 1.049 y 1.051 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos algunos datos y consideraciones acerca de este famoso artista, que hoy completaremos copiando lo que acerca de éste ha escrito un notable crítico alemán: «Tarde ha reconocido Alemania lo que valía Leibl, el pintor que con todo el ímpetu de un arte sano y vigoroso se alzó contra la afectación hueca y el sentimentalismo vacío de una época artística enfermiza y débil. Con sus creaciones hizo que se apreciara debidamente la potencia técnica, á la que en tan poca consideración se tenía, y con su poderoso ejemplo enseñó de nuevo lo que era la pintura en el sentido propio de la palabra. El fué quien demostró que la raíz de todo arte está en la naturaleza no falseada; que la condición esencial del mismo es el respeto absoluto á la verdad; y que el valor de la obra artística lo da, no el asunto en sí, sino la personalidad del que lo reproduce. No fué un innovador que sólo mirara el porvenir; fué principalmente el

restaurador de los principios fundamentales, únicos sobre los cuales puede levantarse el arte verdadero, y así ha podido calificársele, hasta cierto punto con razón, de discípulo el más grande de los grandes maestros antiguos; pero este dictado no explica toda la importancia de Leibl, el cual, además de lo que pudo aprender, ha aportado á la historia del arte una personalidad propia, conseguida á fuerza de propios trabajos y esfuerzos. Por esto, aun cuando cambien los gustos y las tendencias, el nombre de Guillermo Leibl, al igual que los de los ilustres maestros que le precedieron, sobrevivirá á todos estos cambios.

\*\*

**Enseñanza mutua, cuadro de Mlle. Jenika Cabarrús.**— Los cuadros cuyos asuntos representan escenas infantiles tienen un encanto especial, porque si los personajes que en ellos figuran no expresan grandes pasiones, ni las escenas en que intervienen reflejan un pensamiento ó un hecho trascendentales, en cambio hay siempre en los primeros un sello de inocencia y en las segundas una placidez de sentimientos que causan en el ánimo una impresión dulcísima. Contemplando tales lienzos, el espíritu, fatigado de las mundanales luchas, parece como que se reposa y envidia á los tiernos seres que todavía no conocen las amarguras ni los grandes problemas de la vida. Por supuesto, que para que tal efecto se consiga es preciso que el artista que tales asuntos trate esté dotado de un temperamento especial, que sus sentimientos respondan á la placidez de los temas y que su mano encuentre las delicadezas de líneas, de colores, de matices que para darles formas se requieren. Todas estas cualidades las reúne en alto grado la autora del cuadro que reproducimos, artista de corazón y de talento que ha sabido compenetrarse por modo admirable con el género difícil á que su obra pertenece: las cabecitas de esas dos niñas son de una dulzura infinita; su expresión, sus actitudes reflejan de una manera bellísima la realidad, y en el conjunto de la composición se adivinan el alma y la habilidad técnica de una pintora consumada.

\*\*

**Cabeza de estudio, dibujo de Jacinto Espinal.**— Como nueva demostración del talento del Sr. Espinal, de quien nos ocupamos en el número 1.053 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, publicamos en el presente una cabeza de estudio que confirma las notables aptitudes que á dicho señor caracterizan. Ve este artista el natural con gran firmeza y sabe trasladarlo al lienzo ó al papel con fidelidad irreprochable y con una energía y un vigor extraordinarios: á su observación no escapa ninguno de los detalles que el modelo presenta, y sobre todo sabe en sus obras sorprender esas armonías que son lo que constituye el verdadero carácter del conjunto. En su *Cabeza de estudio* pueden admirar nuestros lectores estas cualidades: no falta en esa hermosa testa una línea, un matiz, nada de cuanto da expresión á un rostro; el dibujo revela una observación minuciosa de la estructura muscular del cuerpo humano y es un portento de claroscuro. El Sr. Espinal es un artista de gran porvenir: su presente permite esperar que, continuando por el camino emprendido, perseverando en el estudio del natural y perfeccionándolo con el de los grandes maestros que completan su educación artística, llegará muy lejos y su nombre figurará entre los de los mejores pintores españoles.

\*\*

**Frisos del restaurant del Príncipe y del hotel Majestic de Londres, pintados por H. C. Brewer.**— Para la pintura decorativa se requieren condiciones muy especiales; el artista que á este género se dedique ha de convencerse de que no se necesitan para el mismo grandes pinturas de pobre ejecución, sino un trabajo característico, de hábiles combinaciones, de buen dibujo y apropiadas á la localidad. Mr. Brewer, que ha ejecutado varias de estas composiciones para algunos restaurants de Londres, posee la facultad de tratar perfectamente las grandes superficies y una facilidad de ejecución extraordinaria, y los asuntos en que se inspira para sus obras se ajustan á las exigencias que dejamos señaladas, como lo demuestran los dos frisos que en la última página de este número reproducimos.

MISCELÁNEA

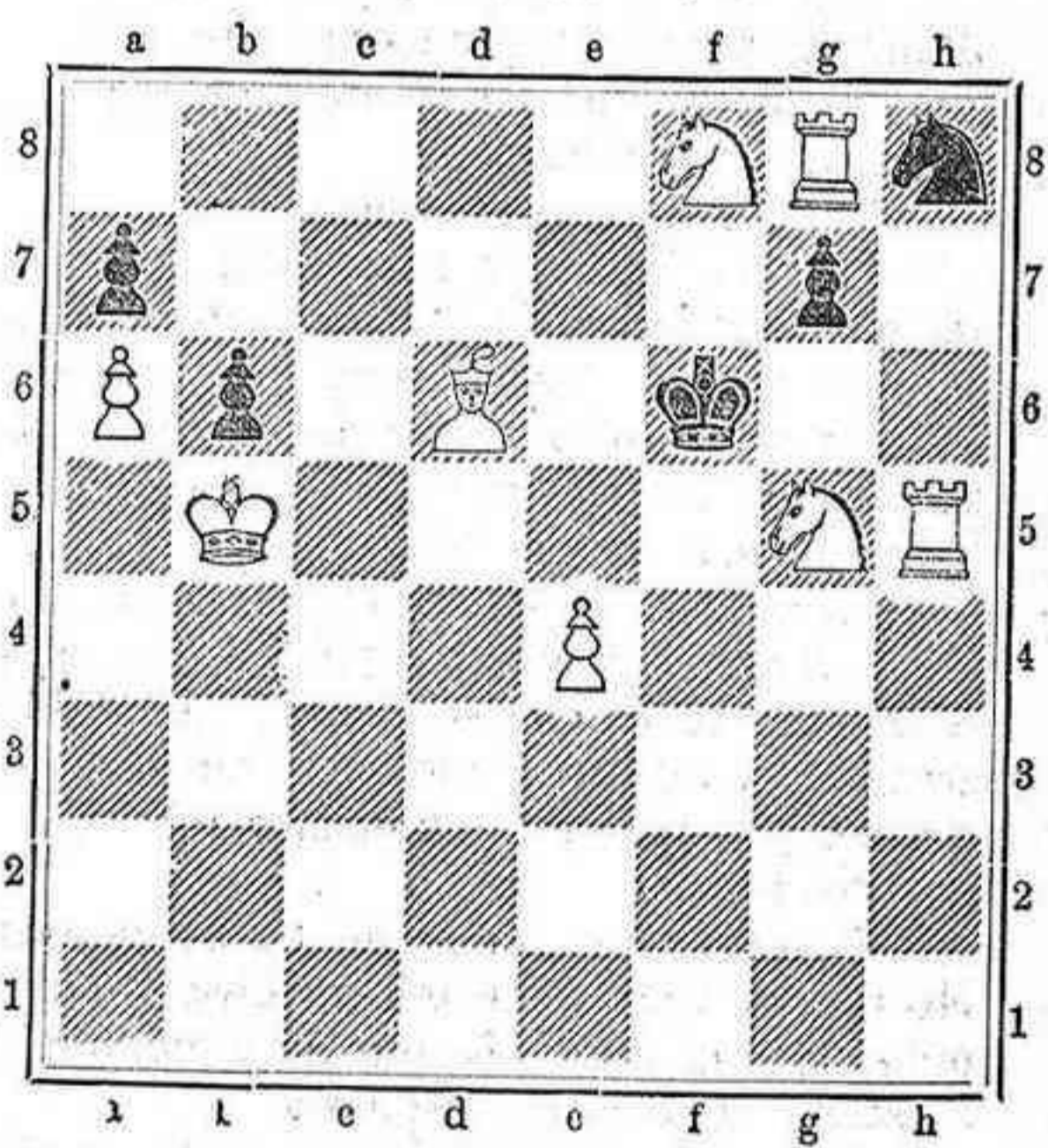
**Bellas Artes.**— CREFELD. — El Museo del Emperador Guillermo de esta ciudad alemana que cuenta poco más de 100.000 habitantes, que hace pocos años y gracias á un donativo de 60.000 marcos (75.000 pesetas) pudo comprar en Berlín una gran parte de la colección Beckerath, ha adquirido recientemente el resto de la misma por 32.000 marcos. La mitad de esta suma ha sido dada por algunos aficionados y la otra mitad ha sido costeada por el municipio.

PARÍS. — En la Escuela de Bellas Artes se han expuesto últimamente las obras del famoso escultor Falguières en número de 360, que comprenden, no sólo las creaciones plásticas del maestro ejecutadas en su mayoría en yeso, sino también algunos cuadros muy notables.

**Teatros.**— Se ha estrenado con gran éxito en el teatro Romea *La pecadora*, drama en tres actos de Angel Guimerá. En el último concierto dado por la Sociedad Filarmónica que con tanta inteligencia dirige el maestro Sr. Crickboom, además de los aplausos que mereció la orquesta alcanzaron sendas ovaciones la señorita Vidal, el eminente pianista Sr. Albéniz y el citado Sr. Crickboom, en las piezas que con gran maestría ejecutaron en el violoncelo, en el piano y en el violín. El Orfeo Catalá ha celebrado dos conciertos en el teatro de Novedades, ejecutando en ellos, además de algunas de las más aplaudidas piezas de su repertorio, otras nuevas de Bach, Pedrell, Nicolau y Pujol, y consiguiendo en todas ellas aplausos tan entusiastas como merecidos. En el Liceo ha podido admirar nuevamente el público al famoso pianista Rosenthal, al celebrado violinista Manén y al maestro Kunwald, que dirigió la orquesta con su reconocida maestría. Los tres conciertos de la orquesta Lamoureux, de París, han sido uno de esos acontecimientos que forman época en los anales músicos de Barcelona: cuanto dijéramos del éxito obtenido resultaría pálido ante lo que ha sido en realidad; por ello nos limitaremos á consignar que todas las piezas de los tres notabilísimos programas, que publicamos oportunamente, fueron maravillosamente ejecutadas y que el público tributó continuadas y calurosas ovaciones á esa orquesta que con razón se considera como una de las mejores de Europa, y á su director M. Chevillard, cuyos profundos talentos y conocimientos musicales le han conquistado uno de los puestos más eminentes entre los directores modernos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 273, POR W. A. SHINKMAN.  
NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 272, POR FR. DUBBE.

- |                      |                  |
|----------------------|------------------|
| Blancas.             | Negras.          |
| 1. Tc1-c3            | 1. h5-h4         |
| 2. Tc3-f3            | 2. Rd4-e4        |
| 3. Dc8-c3            | 3. d5-d4 ú otra. |
| 4. Dc3-e6 ó d3 mate. |                  |

VARIANTES

- |                      |                       |                      |
|----------------------|-----------------------|----------------------|
| 1... Rd4-e4;         | 2... Otra jugada;     | 3. Dc8-c3 jaq., etc. |
| 2... Dc8-f8, Re4-d4; | 3. Df8-f3, etc.       |                      |
| 2... Otra jugada;    | 3. Df8-f3 jaq., etc.  |                      |
| 1... Otra jug.;      | 2. Dc8-h3, e5-e4;     | 3. Dh3-g3, etc.      |
| 2... Rd4-e4;         | 3. Dh3-f3, jaq., etc. |                      |

## EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Tal preámbulo, que no tenía nada de tranquilizador, sorprendió un poco á Pablo, pero se armó de paciencia.

— ¿Es exacto, caballero, que se ha desafiado usted hace cerca de un mes con el Sr. de Villebois?

Pablo se había ruborizado: toda la cólera que sentía contra el insolente invadía de nuevo su cerebro, al ver aquel asunto tratado por una tercera persona.

— Es exacto, caballero, contestó. El Sr. de Villebois me ha herido, y por mi parte, le he tocado de una manera que al principio creí que tendría serias consecuencias.

El Sr. de Cerences levantó la cabeza con aire descontento, pues la manera como Pablo trataba de aquel duelo le parecía harto ligera para asunto tan grave.

— El Sr. de Villebois, añadió el anciano, es hijo de uno de mis más antiguos amigos. Por lo que le conozco, sé que es un hombre frío y razonable, y por lo tanto me cuesta trabajo figurarme que él le ha provocado. Antes de contestar á la petición que usted me ha hecho, querría saber qué causa ha motivado su encuentro con él.

Si algo en el mundo podía herir el amor propio de Pablo, era, indudablemente, sufrir un examen como un chiquillo en cátedra; pero si aquella herida podía agravarse, era por una pregunta parecida. Sintiendo que la sangre se le agolpaba al rostro, contestó claramente:

— Me es imposible decir por qué me he batido con ese caballero. La causa era grave, y en ese duelo poco ha faltado para que ambos perdiéramos la vida; los dos nos hemos portado bien; el secreto de este asunto debe quedar entre nosotros dos.

La señora de Cerences lanzó al joven una mirada para advertirle; él la cogió al vuelo, pero no podía detenerse en la pendiente á que le arrastraban las preguntas del abuelo de Herminia sin faltar á sí mismo y á los suyos.

— Dispense usted, dijo el anciano con altanería; pero puedo suponer que mi nieta ha tenido que ver en ese desafío, y en ese caso debo saberlo...

Pablo le miró frente á frente.

— La señorita de Cerences nada ha tenido que ver en esa cuestión. La respeto demasiado para atreverme á tirar la espada en su defensa, pues no me asiste para ello ningún derecho. No sé si mi adversario es mi rival, como ahora lo supongo, ni lo que habrá dicho de mí; pero...

— La afirmación de usted me basta en lo que concierne á mi nieta, interrumpió el anciano; pero me falta conocer el motivo que le impulsó á usted á arriesgar la vida en el momento en que pensaba en casarse. ¿No quiere usted decírmelo?

— No puedo.

— Entonces me toca á mí tratar de averiguarlo. No quiero ningún misterio ni obscuridad en la familia de la cual mi nieta tomará el nombre. Ya daré á usted á conocer mi respuesta.

Pablo contestó al saludo que le dirigía el anciano y salió. La señora de Cerences le atajó en la antecámara.

— ¿Por qué no quiere usted hablar?, le preguntó á media voz. Mi marido es bastante despreocupado para perdonar muchas debilidades y faltas, pero se muestra verdaderamente intratable tocante á ciertas cosas...

— ¡Oh, señora!, dijo Pablo, desesperado é irritado á la vez. Esté usted segura de que si pudiera contestar al Sr. de Cerences acerca de cuanto me ha preguntado, lo haría de buena gana; pero crea usted que me es imposible; se lo juro.

Diciendo esto se retiró, dejando á la abuela inquieta y complacida. Le gustaba por su franqueza y

por su valor; le gustaba porque Herminia le quería, y durante los días sucesivos maldijo más de veinte veces á Villebois por haberse batido, por haber hablado de ello y hasta por el solo hecho de existir.

Sr. de Cerences que antes de aceptar su decisión deseaba conocer el motivo de ella, tomó el partido desesperado de pedir una entrevista á la abuela de Herminia. Su esquila era corta, pero en cada palabra de ella se revelaba la angustia de una alma ultrajada injustamente, y Pablo conoció que la señora de Cerences no podría rehusar lo que le pedía. La carta fué enviada, y una hora después recibió contestación.

La señora de Cerences le decía en ella que accedía á su demanda y que, no pudiendo verle en su casa, á las cinco iría á la del barón de Grandpré.

Llegó á la hora exacta. Pablo la esperaba ya con el corazón conmovido, como si se tratase de una cita de amor.

— ¡Ah, caballero!, dijo la anciana cuando estuvo sentada cerca de Pablo, usted es la causa de que, por primera vez, haya dado un paso sin que mi marido lo sepa.

Pablo, lleno de respeto y de reconocimiento, besó la manecita pequeña y delgada que se le tendía.

— Es una desgracia, una gran desgracia, añadió ella, que haya usted hablado ante Herminia; se ha hecho usted querer, caballero, y ha atraído sobre la cabeza de mi pobre nieta muchos disgustos y pesares.

— Si me ama, nada temo, contestó Pablo con altivez. No sé de qué delito se me acusa; pero, con tal de que ella tenga confianza en mí, yo sabré justificarme.

La mirada que la señora de Cerences lanzó al joven, le impidió continuar; contenía tanta piedad, tanto dolor aquella mirada, que Pablo adivinó de repente la verdad.

— ¿Por qué, señora, por qué se me rehusa la mano de Herminia?, preguntó con voz sorda.

La anciana vaciló un momento; luego, volviendo la cabeza, contestó:

— A causa de vuestro duelo.

— ¿Mi duelo?

Quería luchar todavía, pero no sabía fingir. Quedaron un momento silenciosos, y al cabo, la señora de Cerences le explicó que su marido era un hombre muy rígido en materias de honor, que no

transigía nunca en cuestiones de honra, y que, sin darse cuenta de ello, quizá mal informado, había creído, después de oír algunos rumores acerca de su familia, que no era posible de ninguna manera acceder á la alianza solicitada.

— Por mi parte, añadió, crea usted, hijo mío, que siento por usted profunda estima, y que, si de mí dependiera solamente, á pesar de todo, le otorgaría la mano de Herminia.

— Ahora, señora, dijo Pablo, me resta pedir á usted un favor. Es preciso que Herminia sepa lo que ha sucedido. Es una Cerences y quizá comparta el modo de ver de su abuelo. Sería muy justo y muy natural. Si se aparta de mí, lo comprenderé perfectamente y no he de quejarme... Pero, al mismo tiempo, dígame usted que la amaba como se debe amar á la compañera de la vida, con un respeto profundo, con una confianza absoluta... Que no crea que la he engañado... Juro á usted que no creía que... que esta cosa... sería un obstáculo; no creía que esa vergüenza me hubiese salpicado, y además creía haberla lavado...

Su voz se extinguió. La señora de Cerences le tomó las dos manos, que él trataba de retirar á impulsos de su dignidad herida.

— Escúcheme usted, le dijo; haré lo que crea mejor y más oportuno. El Sr. de Cerences ama tiernamente á su nieta; en este momento no hay que pensar en que transija; pero más tarde..., ¿quién sabe?... Cuente usted conmigo... Me cree usted, ¿verdad?

Entonces era ella la que lloraba. Pablo la consoló, le dijo palabras cariñosas y le secó los ojos.



— ¡Gracias!, exclamó la baronesa uniendo las manos

Pablo volvió á su casa en un estado de exasperación completa. Para aquella alma orgullosa que tan alta ponía su independencia, el modo de obrar del Sr. de Cerences constituía por sí solo una injuria. No sabiendo por qué decidirse, subía de punto su exasperación al ver que no podía provocar de nuevo al Sr. de Villebois á un duelo á muerte, ni podía tampoco renunciar á aquella pasión que constituía para él más que su vida.

Pasaron cuatro días sin obtener contestación, y recibió al cabo una carta, escrita en papel grueso y grande, pesada y sellada con un escudo de armas. Solamente con verla, Pablo comprendió que encerraba una negativa. Pálido de rabia, la abrió y la leyó; era corta y clara. El Sr. de Cerences daba las gracias al Sr. de Grandpré por el honor que había querido hacerle, y deploraba no poder aceptarlo. Ninguna fórmula de cortesía endulzaba el rigor de aquella decisión.

El joven quedó de pronto aterrado; y luego, la violencia natural de su carácter le ocasionó tal acceso de furor que tuvo miedo de sí mismo. Conteniendo á duras penas el hervor de su cólera, comenzó á dar largos pasos por su cuarto.

— ¡Qué!, ¿ni una palabra de la señora de Cerences, ni una muestra de simpatía? Que Herminia no hubiese tratado de comunicar con él, se comprendía y estaba dentro de lo lógico; pero su abuela, por medio de alguna frase cariñosa, ¿no podía haber amortiguado la dureza del golpe?

Aguardó durante un día entero, y luego, en la mañana del siguiente y después de haber escrito al

— ¡Ay, abuela!, le dijo, dejándose caer de rodillas á sus pies. ¡Cuán buena es usted! ¡Tengo necesidad de su cariño!

Sonreía la anciana secando sus lágrimas, y en aquel momento pareció á Pablo que tenía un parecido singular con su nieta. Y al marchar de su casa le dejó, si no una esperanza, la seguridad de tenerla como aliada fiel.

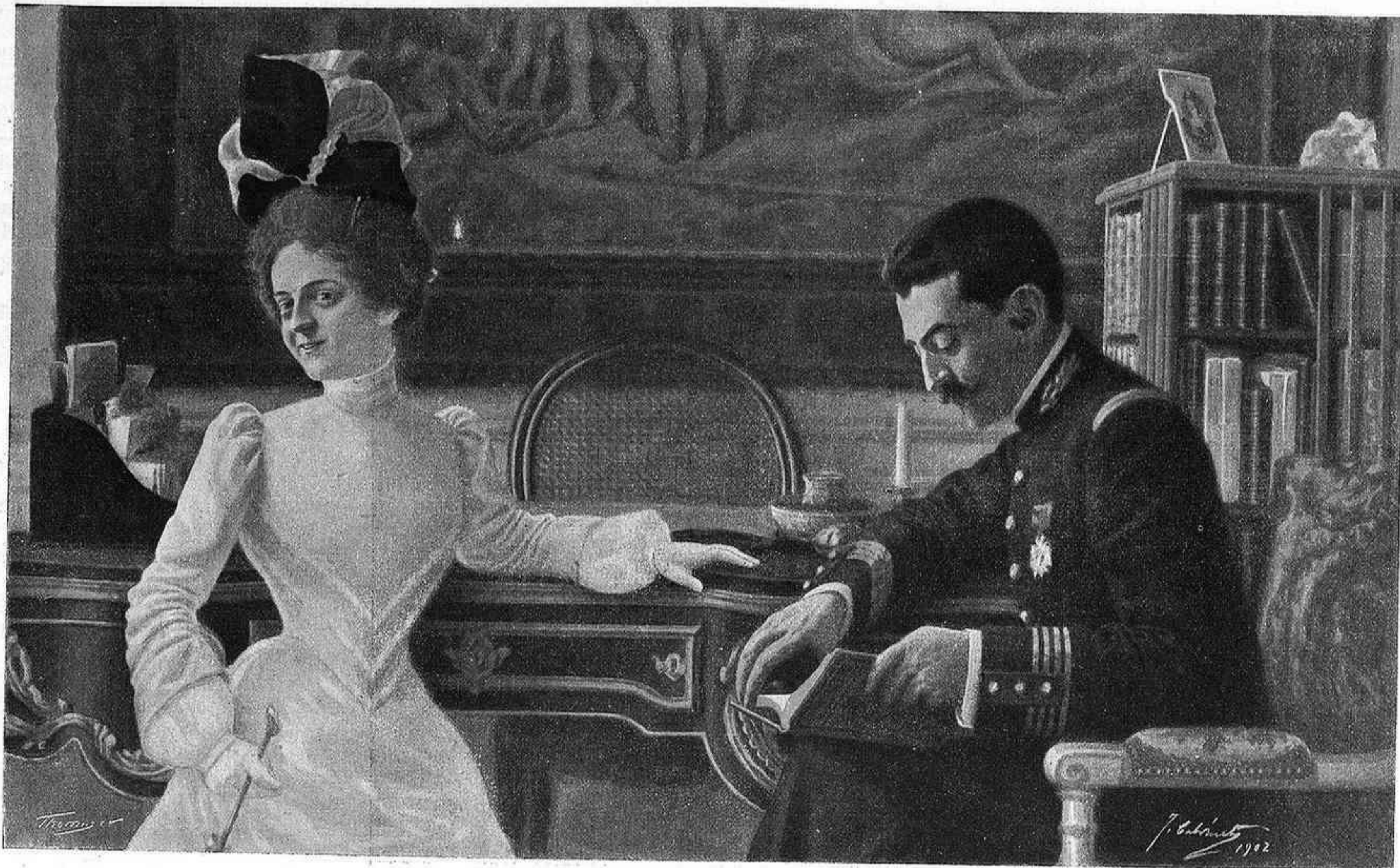
¿Fuiste, pues, herido de gravedad? Yo creí que se trataba de un simple arañazo.

— Parece que tu suegra no lo sabe todo. ¿Te ha dicho que papá estuvo á punto de morir á la noche siguiente de tu matrimonio?

— ¡Vaya, Pablo, exageras de un modo!.. Ya sé que papá estuvo enfermo porque me lo escribisteis; pero de ahí á morir...

Grandpré comprendió que algo se le ocultaba, y su espíritu enfermizo padeció lo indecible al advertirlo. Pablo escribió una carta á su madre á fin de prevenirla que viniera, porque acababa el permiso que tenía y le era forzoso volverse á París.

Aquella era la primera vez que la baronesa recibía una carta de su hijo. Primeramente la asustó el ver la letra del sobre, que también era de Pablo,



— ¡Vaya, Pablo, exageras de un modo!..

### XIX

Gilberta había vuelto el día anterior de su viaje de novios. Pablo lo sabía ya por los criados, pues la señorita había enviado á buscar objetos de su uso que habían quedado en casa de sus padres.

Como no se sentía en disposición de rendir culto al afecto paternal, se hubiera dispensado de buena gana de ir á visitarla; pero con gran descontento suyo, vió que su hermana entraba en su cuarto, mientras estaba preparando las maletas para marchar á la Vernerie. Llegaba muy elegante y peripuesta y con el rostro rebosando salud y frescura.

— Vengo á sorprenderte, dijo; vaya un hermano raro que tengo: sabes que estoy aquí, y, ni siquiera por mero cumplido, me haces una visita.

— Hubieras podido avisarme tu vuelta, respondió él con alguna acritud.

Su hermana le examinó atentamente, y entonces advirtió su palidez y demacración...

— ¿Es, pues, verdad esa historia que me han contado?, preguntó con curiosidad.

— ¿Qué historia?, repuso Pablo impacientado.

— Que te has batido secretamente y que por poco matas al Sr. de Villebois, que es algo pariente mío.

— ¿Quién te ha informado tan bien?, preguntó su hermano con mal humor creciente.

— Mi suegra; mi suegra que lo sabe todo.

A su vez Pablo la miró atentamente. Ella también estaba muy cambiada, y no por cierto ventajosamente, pues aun cuando poseía una verdadera belleza, tenía ademanes tan bruscos é imperiosos y palabra tan incisiva y dura, que daban pena en una muchacha joven y bonita.

— Me parece que conoces muy bien á tu suegra, respondió Pablo. ¡Lástima que la hayas conocido algo tarde!

— No, replicó Gilberta, la conocía ya antes á fondo.

Miró á su hermano con entereza, y él lo sintió por ella. ¿Aquella joven atrevida era la encantadora hermana que había descubierto en la Vernerie apenas hacía un año?

— Sin duda, disputas conmigo, arguyó ella, porque no quieres decirme la verdad acerca de ese desafío.

— ¿Qué quieres que te diga?, repuso Pablo; por muy bien informada que estés, me parece que no sabes que por poco me cuesta la vida.

— ¡Ah!, exclamó Gilberta con alguna emoción

— Es la pura verdad; tú misma te convencerás.

Gilberta quedó breve rato en silencio, trazando figuras en la alfombra con la contera de su sombrilla.

— Todo eso es muy triste, dijo al cabo. Y papá, ¿está bien ahora?

— Casi, casi. Pero podemos perderlo de un día á otro, sin embargo.

Pablo hablaba con voz breve, indicio seguro de su descontento interno.

— Y tú, ¿ya estás curado?

— Casi, casi también. En nuestra casa todo deja algo que desear.

— ¿Y mamá?

— Supongo que está buena. Se halla en Morancé.

— ¿Morancé? ¡Pobre Morancé! He pasado allí muchas vacaciones...

La joven lanzó un suspiro que parecía una cargada y se levantó.

— Te he de hacer notar, hermano mío, dijo, que no me has dirigido una sola pregunta relativa á mí misma ni á mi matrimonio. ¿Debo considerar esta omisión como un atolondramiento ó como una declaración de guerra?

— ¡Tómala como te plazca!, gritó Pablo encolerizado. Antes de tu matrimonio no eras tan quisquillosa.

— Es que aprendo á vivir, hermano mío; empiezo á ver las cosas por su aspecto verdadero.

— Antes eras más amable, respondió él con tono seco.

— ¡Se hace lo que se puede! Hasta la vista, Pablo, dijo tendiéndole la mano como á un extraño.

El apretó maquinalmente aquella mano, cuyos dedos sintió secos y duros bajo la piel de guante, y su hermana salió.

Un instante después la oyó dar órdenes con voz altanera, con un tono que nunca la había oído.

— No ha tomado el buen camino, pensó Pablo; ¡tanto peor para ella!

Sin preocuparse más por ello, continuó haciendo sus preparativos de marcha, y por la noche estaba ya en la Vernerie.

Su padre le esperaba muy inquieto á causa de los cortos telegramas que había recibido y que le hacían presentir una negativa. A pesar de todas las precauciones que adoptó Pablo para ocultarle la verdadera causa de la negativa del Sr. de Cerences; á pesar de la esperanza que decía que fundaba en el amor de Herminia y en la amistad de su abuela, el Sr. de

pues imaginó que para que se hubiese decidido á escribirle, forzoso era que su esposo estuviese en inminente peligro; después pensó que tal vez su hijo le enviaba un mensaje de paz. No atreviéndose á abrir la carta, la guardaba entre sus manos heladas; al fin, avergonzada de su cobardía, se decidió á leerla. Al ver que no había ocurrido nada extraordinario, casi sintió cierto descontento; la salud de su marido la había inquietado de un modo harto serio, para que, al saber que tan sólo se hallaba indispuerto, se alarmara, y porque se cuidaba de apresurar su partida, volvía á leer aquella carta para ver si entre líneas podía adivinar lo que pensaba Pablo al escribirla. Después de lo que le había dicho Marsac, esperaba ella otra cosa.

A su llegada no encontró nada insólito en la Vernerie, como no fuera el gran abatimiento de su marido, que atribuyó á un malestar pasajero. El recibimiento de su hijo no fué tampoco lo que esperaba; en presencia de su padre, se mostraba simplemente reservado como antes; pero estando á solas, evitaba hablar directamente con ella, con una persistencia mayor de lo que jamás hubiera creído.

La baronesa estaba en aquel momento más nerviosa que nunca. Su hija, que le había escrito únicamente dos veces durante su viaje, acababa de enviarle, para anunciar su regreso, una esquela tan seca y breve, que su corazón maternal quedó herido, á pesar de la experiencia adquirida en otro tiempo. El abandono de su hija y la nueva exacerbación en la frialdad de su hijo la pusieron en uno de esos estados nerviosos que es preciso calmar en seguida.

Buscó, pues, la ocasión de tener una conversación con su hijo; pero éste, que advirtió la intención, puso tanto cuidado en evitarla, que cuando llegó la hora de la marcha, todavía no había cumplido su madre tal deseo. Faltaba solamente una hora para que el coche que debía llevarse á Pablo llegara junto á la puerta; la baronesa tomó una resolución suprema. Acercándose á la puerta del cuarto de su hijo llamó, y Pablo, creyendo que era un criado el que llamaba, dijo que pasara.

No oyendo voz ninguna, se volvió para ver quién era, y su mirada se cruzó con la de su madre suplicante, pero en cuyo rostro pálido se advertía la misma firmeza de siempre.

— Pablo, dijo en voz baja, señalando con un gesto la puerta entreabierta del cuarto del barón, que estaba vacío.

A pesar de que la comprendió perfectamente, fingió no entenderla.

— ¡Sea!, dijo la baronesa; prefiero esto. Creía, Pablo, que seguirías conmigo otra conducta.

Su hijo se aproximó á ella, y la rabia que había contenido durante una semana estalló al fin.

— ¿Otra conducta?, murmuró entre sus dientes cerrados. ¿Viene usted á reprocharme mi conducta? ¿Viene usted á echarme en cara que soy un mal hijo?

— ¡Hijo mío!, contestó la señora de Grandpré, que había instintivamente retrocedido; no vengo á formular ningún reproche; no quiero echarle nada en cara; sólo quería decirte que tu padre me manifiesta bastante afección, bastante estima, para que tu despego resulte mucho más penoso. No te lo pido por mí, sino por él, que sufre á causa de ello.

— ¿Sufré? Ciertamente. Sufré á causa de muchas otras cosas. ¿Y ahora es cuando lo advierte usted y se cuida del mal ajeno? ¿Después de veinte años de olvido, se acuerda usted de todo el mal que ha hecho? En verdad que me parece algo tardío el recuerdo.

Hablaba el joven con acento contenido, con punzante ironía y midiendo el tono de su voz, á fin de que no le oyera su padre, que estaba leyendo tranquilamente un diario.

— Pablo, no comprendo tu cólera... Marsac me había dicho...

— Pues bien, sí; Marsac había dicho á usted la verdad. Estaba dispuesto á...

No se atrevió á pronunciar la palabra «perdón», y concluyó:

— A querer á usted.

— Y bien, dijo la desgraciada, que iba bebiendo sus palabras antes de pronunciarlas.

— Me ha dado usted un último golpe. Mi padre morirá á causa de esto y mi vida queda destrozada.

— Pablo, hijo mío, no te comprendo.

— ¿No me comprende usted? Naturalmente. ¡Pues bien, sépalo usted! Amo á una joven; la adoro, ¿lo oye usted?, y ella me quiere. Sí, me ama. La he pedido en matrimonio y me la han negado.

— ¿A ti?

— ¡Sí, y usted es la causa de que me la hayan negado!

La desgraciada madre retrocedió, cubriéndose el rostro con las manos, sin lanzar un grito ni siquiera un suspiro. Había recibido el golpe en pleno pecho, pero lo recibió como los héroes, en silencio.

Su hijo miró al Sr. de Grandpré que desdoblaba tranquilamente su diario para leer la segunda página.

— Me la han negado, repuso con aquella voz acentuada que tanto se hace oír sin elevar el tono, me la han negado porque en su familia no hay una sola mancha, porque todas las mujeres han sido respetadas, porque no han querido que fuese hija de usted.

Pablo, dijo la señora de Grandpré mostrándole su rostro lívido, pero todavía digno: es inútil insistir; he comprendido. No es un triunfo muy brillante para ti herir á tu enemigo cuando ya muerde el polvo.

Pablo se calló avergonzado de su violencia. Su madre se le acercó imperceptiblemente.

— Si hay algún paso que yo pueda dar, lo haré con gusto. ¿Quiéren que yo desaparezca?, lo haré. ¡Hay el destierro; hay el convento; hay la muerte!

Pablo se estremeció á pesar suyo. Hablaba tan tranquilamente de esas cosas su madre, que claro se veía que se había familiarizado con aquellos pensamientos.

— Para ti, para asegurar tu dicha, nada me parecerá difícil ni penoso. Desapareceré, y entonces consentirán; está seguro de ello.

Hizo un ligero movimiento como para retirarse. Su hijo tuvo miedo de que adoptara alguna resolución desesperada.

— Mi padre tiene necesidad de usted. Mientras él viva estará usted á su lado.

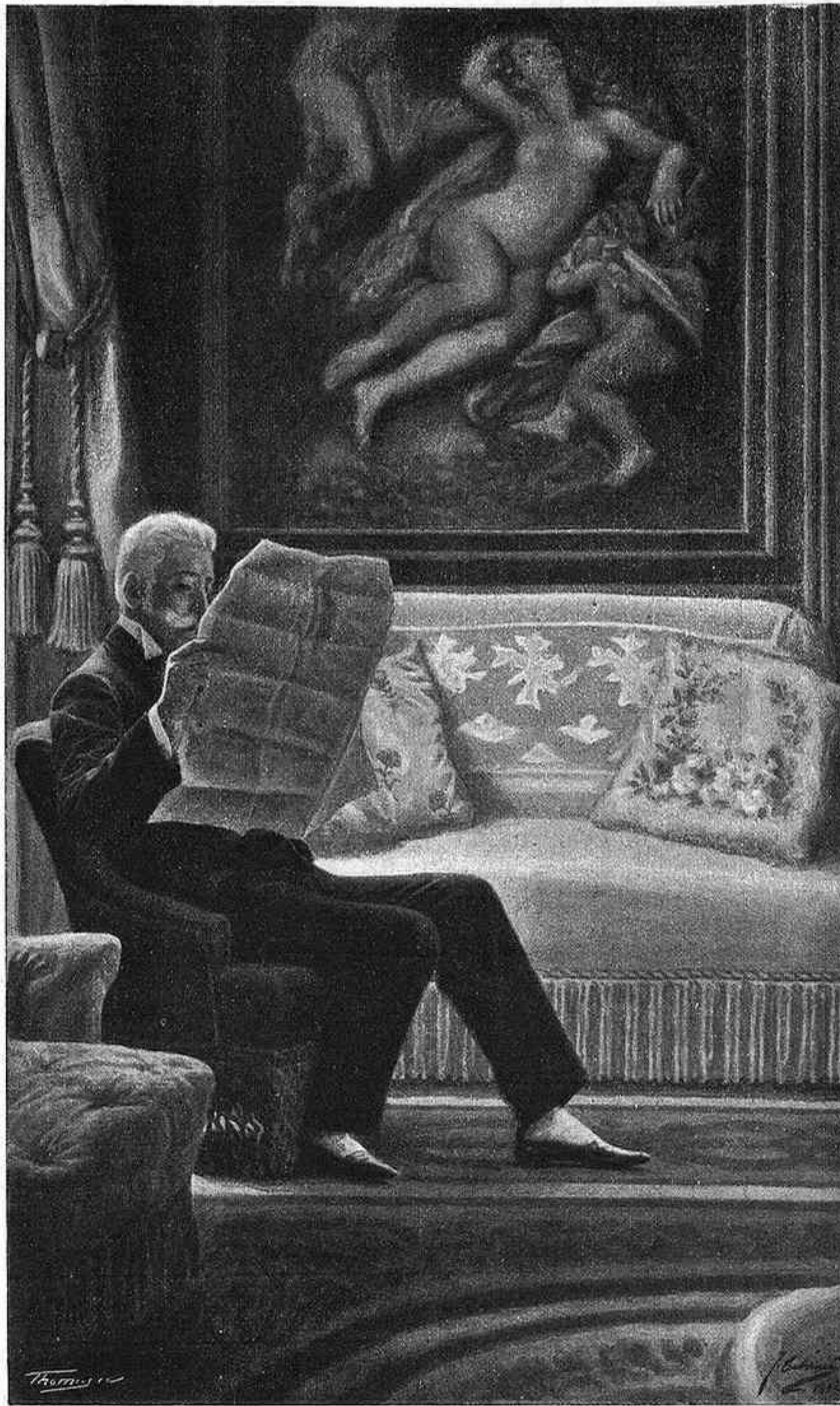
— Y mientras viva, repuso ella, ¿no tendrás perdón para mí?

— ¡No!, contestó él con violencia. ¡No! ¡Nada de perdón! ¡Ha arruinado usted nuestro hogar! ¡Ha amontonado usted ruina sobre ruina y ha destruído la familia donde usted misma era adorada! ¡Ha matado usted mi dicha y la de la mujer á quien

amo! ¡Ah! ¡Cuánto la amaba á usted antes! Acordándome de ello el otro día, sentía estremecerse todo mi ser. Mi padre la ha perdonado; yo no puedo.

La baronesa había escuchado de pie aquella terrible sentencia.

— Nada tengo que decir, contestó; he destruído tu dicha y la de tu padre, convengo en ello; pero, para ser justo, al maldecirme debes acordarte también de los que te niegan la mano de tu novia; ellos son crueles oponiéndose á tu matrimonio, pues ca-



... á fin de que no le oyera su padre, que estaba leyendo tranquilamente un diario

recen de generosidad; yo, por lo menos, me arrepiento.

Aquel argumento conmovió á Pablo, pues ya en su fuero interno había condenado al Sr. de Cerences por su implacable obstinación.

— No crea usted que les excuso, dijo.

Y después de un corto silencio, añadió:

— No he dicho á mi padre la causa de la negativa, y aseguro á usted que por mí no lo sabrá jamás.

— Veo que quieres ahorrarme un nuevo pesar. ¡Gracias!, exclamó la baronesa, uniendo las manos.

— No, contestó su hijo duramente; no es por usted, es por mi padre, que tan digno es de lástima y de compasión.

— ¡Bien!, dijo su madre con voz apagada dirigiéndose hacia la puerta. Por mí, nada sabrá tampoco.

Cuando estuvo en el umbral se detuvo y se volvió.

— ¡Hijo mío!, dijo en voz baja con un acento de inexplicable súplica en su voz extinta.

Pablo hizo como si no la hubiera oído, y ella apoyó la mano sobre el pomo de cobre, empujó lentamente la puerta, la cerró con cuidado sin hacer ruido y desapareció.

Su hijo sintió entonces vergüenza de la dureza empleada; pero el sufrimiento intolerable que padecía paralizaba los movimientos más generosos de su alma. A pesar de todo, hubiese, sin embargo, querido decir adiós á su madre de un modo menos cruel; pero su padre se acercó á él y no le abandonó sino en el momento de subir al coche. Pablo partió sin haberla vuelto á ver.

En cuanto el ruido de las ruedas hubo cesado, la baronesa bajó con un libro en la mano y leyó alto para su marido hasta que éste le indicó que descansara.

XX

Herminia no había aceptado sin protestar la decisión de su abuelo. Aun cuando respetuosa y tierna siempre, había tenido el valor de irle á encontrar en la biblioteca, y allí, á solas con él, le había hablado seriamente.

— Comprendo sus principios, abuelo, y hasta los admiro, porque ellos han hecho á usted tan honrado. Pero yo no tengo pretensiones de ser una heroína, no soy más que una joven, y si no consiente usted en dejarme casar con el Sr. de Grandpré, experimentaré un eterno pesar. Sin duda alguna puede usted negarme ese permiso; pero le aseguro que no me casaré con otro; se lo he prometido y cumpliré mi palabra.

El anciano no había imaginado jamás que se pudiera discutir su autoridad, y el discurso de su nieta le pareció tan insensato que no le dió importancia alguna.

Las súplicas de su mujer hicieron mayor efecto en él, pero no dieron el resultado que aquélla se proponía. Con las formas de la cortesía más exquisita, la reprochó duramente haber autorizado á Pablo para que expresara sus sentimientos.

Por más reflexiones que le hizo su señora, rehusó acceder á lo que quería Herminia. Lo más que pudo conseguir fué que la petición del Sr. Villebois, que la había hecho aquella semana, fuese desechada sin apelación y sin que Herminia tuviese conocimiento de ella.

La señora de Cerences había realizado un cometido penoso después de haberse preguntado mil veces si debía cumplir el deseo de Pablo. ¿Era preciso revelar á Herminia la falta de la señora de Grandpré, ó convenía más dejarla en su ignorancia? Después de largas vacilaciones, la buena señora se decidió por hablar. No es que confiara de esta manera apartar á su nieta de aquel á quien amaba. La conocía demasiado. Pero contándole lo que sabía de la señora de Grandpré, de aquella falta antigua y ya casi olvidada, hizo renacer en el corazón de la joven una profunda piedad hacia la mujer culpable tan duramente castigada.

— ¿Y él?, preguntó á su abuela, ¿quiere mucho á su madre?

La señora de Cerences no sabía nada. Sin embargo, recordando la conducta del joven durante la conversación, creyó poder decir que trataba á su madre con mucha frialdad.

— No obra bien, dijo Herminia pensativa. Ha sufrido mucho, y creo, abuelita, que sus pesares son mucho más hondos de lo que generalmente se piensa. Imagine usted que si ha sabido que es la causa de la negativa de mi abuelo...

— ¿Cómo lo sabes?, preguntó la anciana con sorpresa.

— ¿Piensa usted, abuelita, que sea su hijo y pueda dejar de amarle? Usted misma le quiere ya.

Una sonrisa de orgullo inocente pasó por sus labios, á pesar de su tristeza, y la señora de Cerences no pudo por menos de besarla.

— ¡Pobre niña!, le dijo. Tu porvenir me parece muy triste.

Herminia vaciló un instante antes de contestar.

— Abuela, dijo al fin, Dios sabe que deseo que mi abuela viva lo más posible y que su existencia sea dichosa; pero suceda lo que suceda, no me casaré más que con Pablo de Grandpré. Si él tiene constancia, nos casaremos cuando ni uno ni otro seamos jóvenes.

— ¿Y si se cansaba de esperar? ¿Si te olvidaba?, preguntó la prudente abuela. Porque no pierdas de vista, hija mía que se olvidan hasta los odios, y por consiguiente, con mayor razón los amores.

— Si me olvida, yo me acordaré, dijo Herminia lentamente. Después de lo que por él he sentido, no podría sin sacrilegio prestar á otro un juramento de fidelidad, porque este otro no me poseería por entero.

La joven besó cariñosamente á su abuela y ya no volvió á hablar de este asunto. Hubiérase dicho que no pensaba en él; pero la señora de Cerences, que conocía la fuerza y la fidelidad de aquel joven corazón, sabía bien que este corazón se había entregado para siempre.

(Concluirá.)

## EL FOTORAMA

PROYECCIONES PANORÁMICAS DE A. Y L. LUMIERE

La primera realización de la idea de las proyecciones panorámicas se verificó, al parecer, en la Exposición de Chicago, en 1894, por M. Chase; pero es probable que los resultados de aquella tentativa no fueran favorables, puesto que el aparato que á modo de ensayo se construyó entonces no ha sido poste-

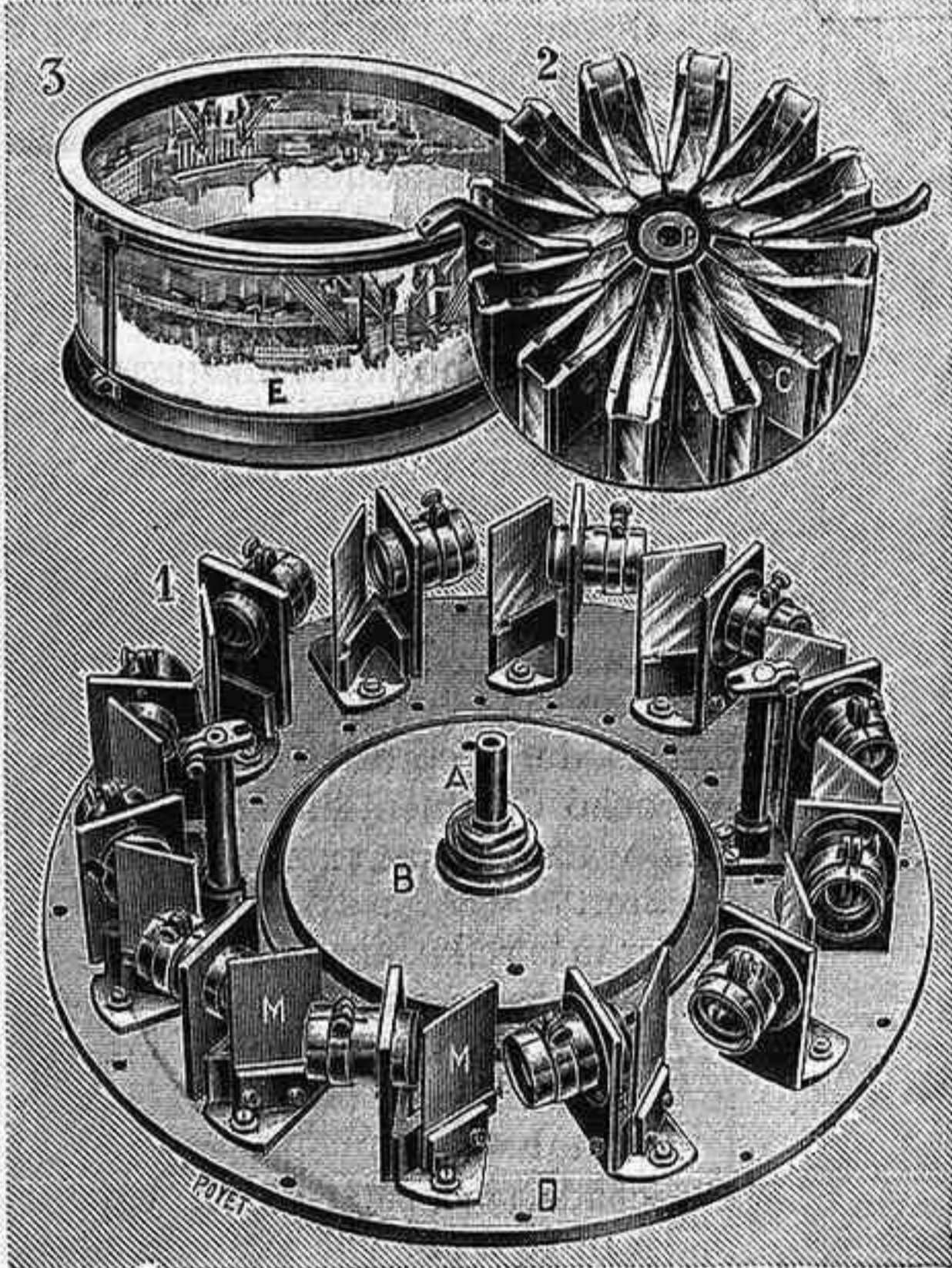


Fig. 1. - Detalles del fotorama. - 1. Disco de los objetivos y de sus espejos. - 2. Condensadores. - 3. Dispositivo pelicular.

riormente explotado. En la Exposición de París de 1900, M. Grimoin-Sanson intentó unir la proyección animada á la proyección panorámica; pero el problema, planteado en estas condiciones, es sumamente difícil y no fué resuelto de una manera satisfactoria.

En la actualidad, los Sres. A. y L. Lumiere, cuyos notables trabajos en todo cuanto se relaciona con la fotografía son bien conocidos, han conseguido vencer por completo todas las dificultades que el asunto entraña, bien que limitándose á la proyección no animada, lo cual ya es por sí solo bastante complicado.

No se trata de un simple ensayo, sino de una explotación regular que desde hace algunas semanas funciona en París en un salón especialmente construido al efecto en el local del antiguo Polo Norte, en la calle de Clichy.

La primera condición que ha de llenarse es obtener una imagen circular continua sin empalme visible entre los diferentes elementos de la imagen, lo que han conseguido los señores Lumiere empleando como clisé de proyección una placa flexible que sólo da lugar á un empalme, que, por otra parte, no se ha tratado de disimular, porque ocupa un espacio insignificante con relación á la superficie considerable del panorama, y por ende no choca en manera alguna al espectador. Esta película va montada sobre dos círculos metálicos de manera que forme un cilindro de 10 centímetros de alto por 20 de diámetro, perfectamente rígido y muy manejable (fig. 1, número 3). Estando colocado en un cilindro de diámetro mucho mayor que forma bastidor, ese clisé bastará en principio para proyectar la imagen del pequeño cilindro-película sobre la superficie interna del gran cilindro bastidor, iluminar intensamente el primero en su interior y colocar un objetivo en el exterior.

Pero este objetivo sólo reproduciría en el bastidor la parte de la imagen situada delante del mismo, y para que proyectara todo el clisé sería preciso hacerlo girar con la rapidez suficiente para que la reti-

na conservase la impresión del conjunto de la imagen.

La solución parece sencilla, pero dista mucho de serlo: en primer lugar, porque la imagen dada por un objetivo que se mueve no es fija, y en segundo porque para obtener la continuidad de las imágenes retinianas sería preciso imprimir al objetivo una velocidad considerable y la luz resultaría siempre insuficiente. Necesitábase, pues, primeramente encontrar el medio de inmovilizar la imagen, y los señores Lumiere, que no son solamente unos prácticos hábiles, sino que también unos sabios teóricos en física y química, han descubierto un nuevo principio óptico que permite obtener este resultado: este principio consiste en colocar detrás del objetivo un espejo que invierte la imagen. Las condiciones en que debe colocarse este espejo en razón del foco del objetivo y la colocación de éste con relación á la película se derivan de consideraciones basadas en las fórmulas relativas á las lentes, que sería demasiado largo exponer en este lugar.

Contentémonos, pues, con el hecho resultante, á saber: que en estas condiciones, el objetivo puede moverse alrededor de la película dando una imagen perfectamente fija.

En segundo lugar, era preciso evitar una velocidad excesiva del aparato, lo que se ha conseguido poniendo doce objetivos en vez de uno solo, gracias á lo cual la velocidad puede ser doce veces menor; y está en realidad reducida á tres ó cuatro vueltas por segundo, y la luz es doce veces más intensa.

Mas no se trataba únicamente de concebir los medios de evitar las dificultades, sino que era menester realizarlos. Veamos, por consiguiente, cómo ha sido construido el aparato destinado á la proyección.

Se compone (fig. 3) de un disco circular que lleva en el centro un eje vertical que forma cuerpo con él; sobre este disco se coloca la película E, que lleva la imagen que se ha de proyectar. Debajo, hay otro disco D movable alrededor del eje, y en el interior de la película un tercer disco, también movable alrededor del eje. Los dos discos movibles están movidos entre sí por medio de dos columnas reunidas por un travesaño que pasa por encima de la película, de modo que giran juntos cuando el movimiento de rotación se comunica á uno de ellos mediante un pequeño motor eléctrico: el disco que lleva la película no participa, por supuesto, de este movimiento.

En la periferia del disco grande D (fig. 1, n.º 1) se han fijado los doce objetivos y sus respectivos espejos M; en el disco interior y delante de los objetivos se han colocado doce condensadores C destinados á iluminar la película. Cada uno de estos

n.º 2). En estas condiciones, un poderoso haz de rayos luminosos enviado verticalmente sobre los espejos, se encuentra dispersado alrededor de la película é ilumina por igual todas las partes de la misma.

He aquí ahora cuáles son las disposiciones generales de la instalación.

La sala circular (fig. 2) en cuyo centro está colocado el público, tiene 20 metros de diámetro, y la pared que forma el bastidor, ocho metros de alto.

El aparato que acabamos de describir está colocado en una columna central, y un pequeño motor eléctrico, al que está unido por una transmisión, le comunica el movimiento de rotación: una escalera de caracol permite subir fácilmente hasta el aparato para cambiar la película. En lo alto de la sala hay un puente en el cual está instalado un potente proyector Mangin con lente de 75 centímetros de diámetro y una lámpara de 90 amperios, que es el modelo de los proyectores empleados por la marina. Pero el haz horizontal de los rayos paralelos así producido, es más ancho que el cilindro formado por la película que se trata de iluminar, y á fin de utili-

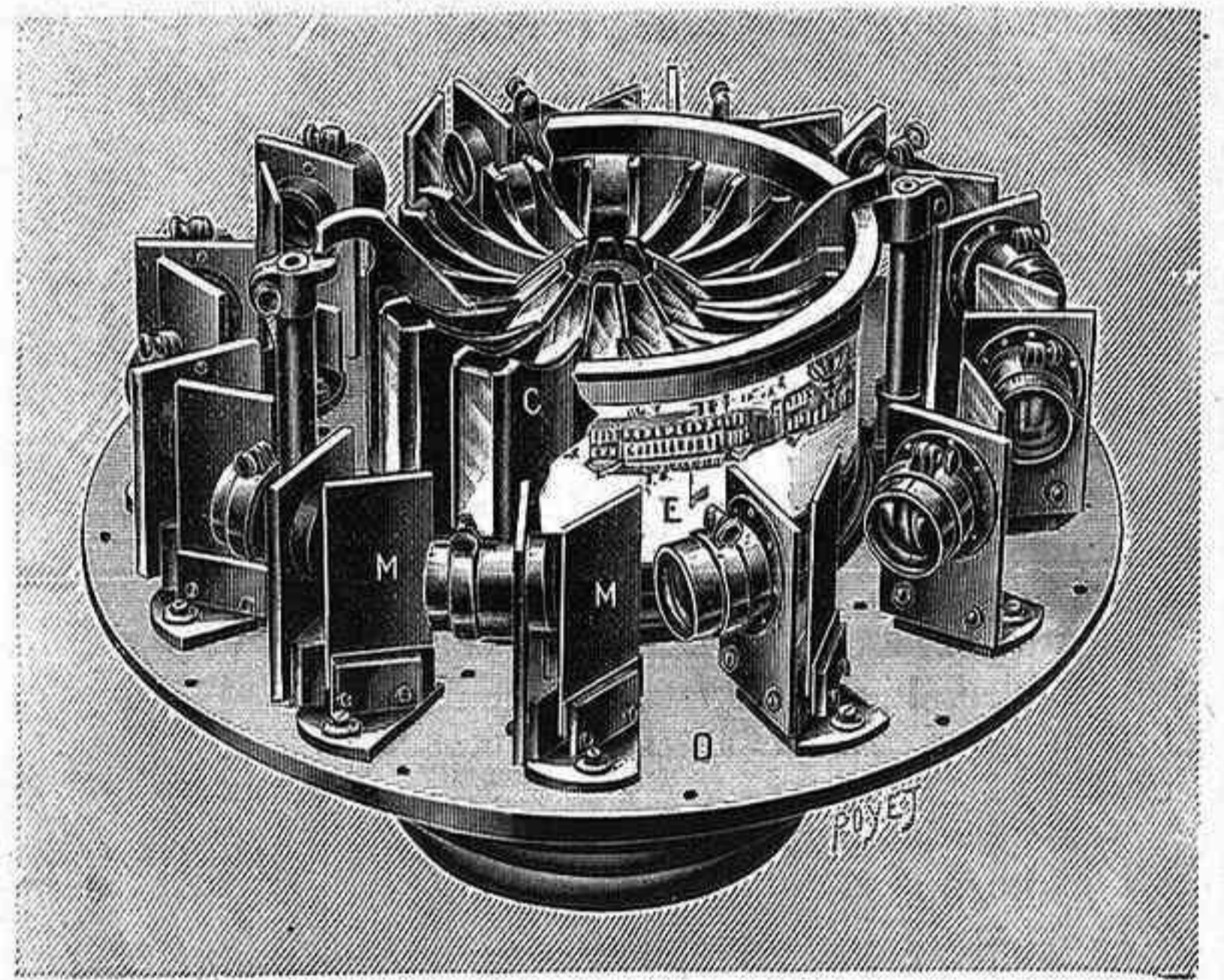


Fig. 3. - El fotorama, aparato para las proyecciones panorámicas.

zarlo entero se le transforma en un haz cónico por medio de una primera lente B (fig. 4); este haz cónico es recogido por una segunda lente C colocada en un punto conveniente para cortar el cono de los rayos al diámetro que se quiere, y el haz paralelo así obtenido, después de haber atravesado un cubo de agua D, es recibido por un espejo E inclinado á 45° y enviado de este modo verticalmente á un tubo que va á parar exactamente encima de los condensadores del aparato. El cubo de agua está interpuesto en el trayecto del haz á fin de absorber el calor y evitar el calentamiento de la película.

La intensidad eléctrica necesaria para el proyector no ha permitido al sector Edison que surte á la

calle de Clichy admitir un ramal directo en su red, por lo que ha sido preciso instalar un motor eléctrico (que de este modo recibe directamente la corriente del sector), el cual mueve una dinamo destinada á producir los 90 amperios necesarios para la lámpara.

A pesar de la potencia de esta iluminación, las imágenes no son tan luminosas como podía esperarse, debido á que cada punto del bastidor envía una parte de la luz que recibe á la parte situada enfrente de él, y esta luz parásita es la que quita intensidad á la imagen proyectada. De ello nos damos perfectamente cuenta ocultando la mitad del aparato con un bastidor semicilíndrico, pues entonces gana inmediatamente en intensidad la parte opuesta. Se ha tratado de remediar este inconveniente variando la

forma del bastidor ó cambiando la clase de pintura que lo cubre ó por otros procedimientos, pero hasta el presente nada ha dado resultados satisfactorios.

El inconveniente, sin embargo, no es muy considerable y la imagen queda todavía bastante luminosa, y sólo hemos hablado de este detalle para de-

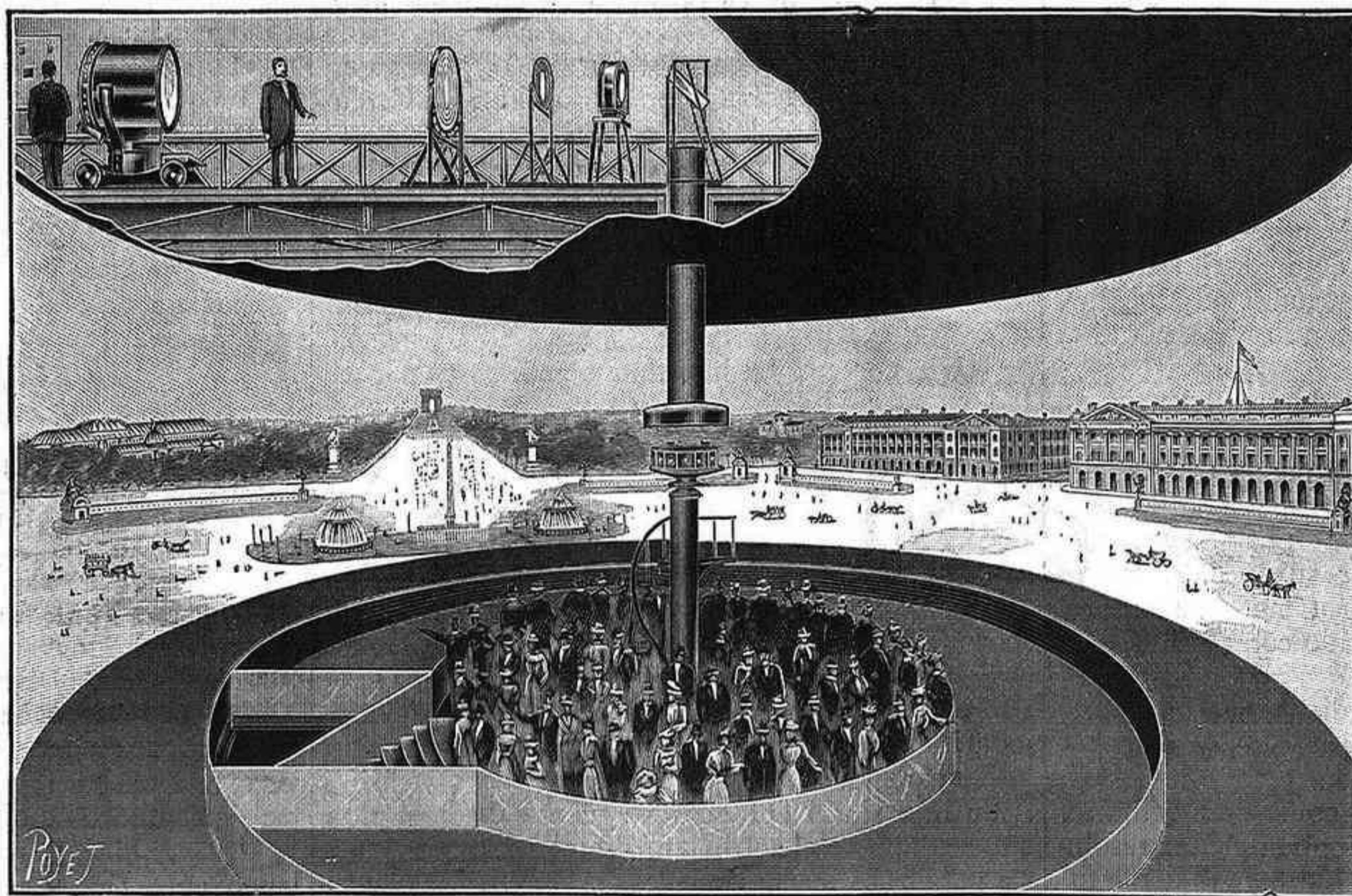


Fig. 2. - Sala de proyecciones panorámicas de los Sres. A. y L. Lumiere.

condensadores se compone de una lente, de foco conveniente, cortada en forma de rectángulo y puesta verticalmente en el extremo de una caja prolongada cuyo fondo lleva un espejo inclinado á 45°; todas las cajas están reunidas de manera que formen el conjunto representado en nuestro grabado (fig. 1,

mostrar cuántas dificultades imprevistas han tenido que sortearse para realizar una idea en apariencia muy sencilla y que hace muchos años tiene preocupados á los inventores.

G. MARESCHAL.

\*\*

UN ANIMAL CALENDARIO

Sabido es que los arrecifes de coral dejan entre ellos y la tierra una laguna en donde nadan numerosos animales y viven multitud de seres sedentarios. Allí se encuentran especialmente las voluminosas tridacnas, que los indígenas comen, y el trepang, que, ahumado, es un manjar delicioso que se exporta especialmente á China, en donde tanto gustan los alimentos que se salen de lo ordinario. Encuéntrase también allí otro animal comestible, menos conocido que los dos anteriores y muy interesante desde el punto de vista biológico: es un gusano que los habitantes de las costas denominan *palolo* y que los naturalistas han clasificado bajo el nombre de *Lysidice viridis*. Generalmente vive en el fondo del agua, y no se tendría noticia

de su existencia si no hubiese adoptado la costumbre de salir á nadar á la superficie del agua dos veces al año, en octubre y en noviembre, precisamente el día del último cuarto de luna y en los días anterior y siguiente. Esta precisión es tal, que los indígenas se aprovechan de ella para regularizar su calendario, y consideran los meses de octubre y noviembre respectivamente el pequeño y el gran mes

suelta en el agua los huevos de que está repleta, y esta es sin duda la causa de su peregrinación: una vez libres de sus huevos, los gusanos vuelven al fondo del mar en el momento en que el sol empieza á elevarse en el horizonte; es, pues, preciso apresurarse á cogerlos, porque aun habiendo perdido la cabeza saben perfectamente lo que se hacen.

ENRIQUE COUPIN.

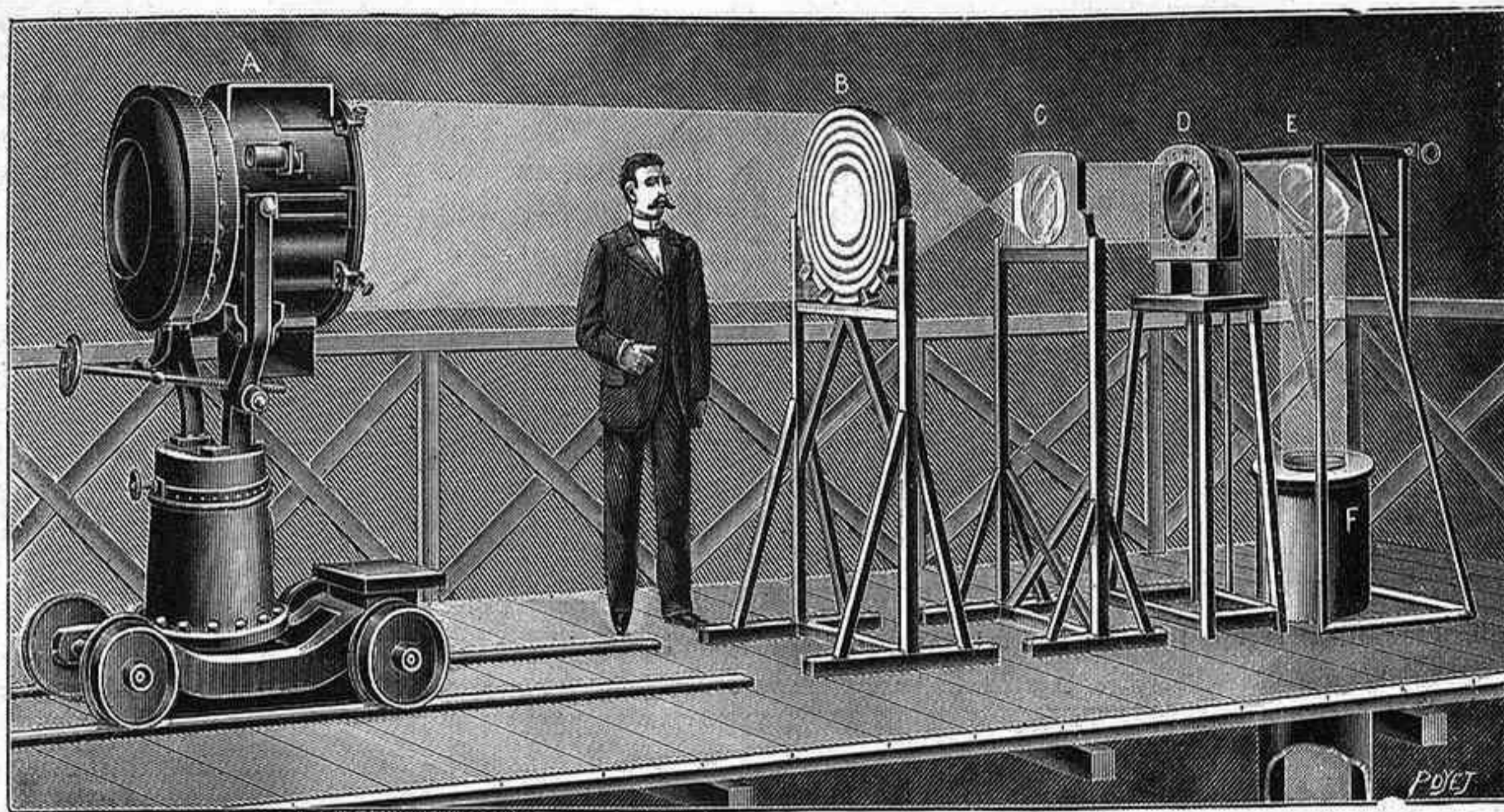


Fig. 4. - Detalle de la iluminación. - A. Proyector Mangin de 90 amperios. - B. Condensador. - C. Lente que produce el haz paralelo. - D. Cubo de agua. - E. Espejo. - F. Tubo correspondiente al aparato

del palolo. En aquella época los palolos son de tal manera abundantes en la superficie del mar, que ésta presenta un aspecto como fangoso.

El palolo se encuentra especialmente en las islas Samoa y en el grupo vecino (Fidji y Tonga); es un gusano de unos 50 centímetros de largo por tres ó cinco milímetros de grueso, siendo, por consiguiente, un verdadero hilo. Otro detalle curioso del palolo es que los elementos que flotan en la superficie no son sino una parte del animal: la cabeza permanece en el fondo del agua, sin duda para volver á engendrar el apéndice de que se ha desprendido, mientras el resto del cuerpo decapitado se asoma á nadar en la superficie. Esta parte del cuerpo

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS  
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

# QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Siete Medallas de ORO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot y FARMACIAS. Linfatisimo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

## PANCREATINA DEFRESNE

POLVO PILDORAS

Adaptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

**DIGESTIVO** (el más poderoso) (el más completo)

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

En todas las buenas Farmacias de España.

## ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

**ENFERMEDADES DE LA PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

### PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

## GARGANTA VOZ y BOCA

### PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Venta anual de los Productos Nestlé 39 millones de botes.

## Harina Lacteada NESTLÉ

ALIMENTO COMPLETO para Niños y Viejos.

Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

## REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

### ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Doloras, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



FRISO DEL RESTAURANT DEL PRÍNCIPE, EN LONDRES, pintado por H. C. Brewer



FRISO DEL HOTEL MAJESTIC, EN LONDRES, pintado por H. C. Brewer

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

GENTE DE TABLAS, por *M. Martínez Barrio-nuevo*. - Esta nueva producción del fecundo novelista pertenece al género de los libros que una vez empezados es imposible dejar de la mano: su acción interesante, perfectamente desarrollada, sus hermosas descripciones, sus personajes bien observados y su estilo castizo demuestran que el Sr. Martínez Barrio-nuevo no es de los autores que se duermen sobre sus laureles, sino de aquellos otros á quienes el favor del público estimula para producir más y cada vez mejor. Editada en Madrid (Pez, 30), véndese en las principales librerías á dos pesetas.

EL OLIVO, LA ACEITUNA Y EL ACEITE, por *D. Guillermo J. de Guillén y García*. - Comprende: lo que conviene para cultivar bien el olivo y obtener abundante y buena aceituna, la manera de recolectarla y prepararla, elaboración perfeccionada del aceite, su conservación, mejoramiento de los aceites malos y medianos, algo sobre su reconocimiento y cómo debe exportarse el aceite. Un tomo de 208 páginas con grabados, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, cuatro pesetas.

EL ALMENDRO, por *Mariano Vallés y Vallés*. - Su vegetación, zona de cultivo, terreno, variedades, multiplicación, injerto, poda, abono, cosecha, enfermedades y enemigos. Estudio de los efectos de las heladas sobre el almendro y de los medios para evitarlos, con un presupuesto de explotación de este árbol. Un tomo de 160 páginas, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, tres pesetas.

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
**EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B<sup>n</sup> BARRAL**  
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.  
**DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.**

**FUMOSZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
**EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.**  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS  
**VINO AROUD**  
 CARNE - QUINA - HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

**LA HARINA MALTEADA VIAL**  
**AUTODIGESTIVA**  
 es la única que se digiere por sí sola  
 Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, durante la denticion y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.  
 PARIS, 8, Rue Vivienne.  
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et C<sup>o</sup> B<sup>o</sup> St-Denis, 26

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTÁTICA**  
 Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.